

RESEÑA DE LIBROS

I. EDICIONES Y TÉCNICA FILOLÓGICA

APOLLONIVS DYSCOLE, *De la construction (syntaxe)*, vol. I: Introduction, texte et traduction par Jean Lallot, 1-95 pp. + 96-303 pp. doubles; vol. II: Notes et index par Jean Lallot, 477 pp., Paris, Librairie philosophique J. Vrin, 1997 (Histoire des doctrines de l'Antiquité classique. Directeur: Jean Pépin, 19).

Para gramático, y “difícil”, no puede decirse que el destino le haya deparado a Apolonio la suerte reservada al común de sus colegas, favorecido como ha sido por los hados mucho más que todos ellos. Su *opus magnum*, la *Sintaxis*, no ha dejado de ser referencia obligada en los estudios gramaticales y lingüísticos desde la misma Antigüedad hasta nuestros días, editada y, sobre todo, traducida repeditamente: al latín (1590), al alemán (1877), al inglés (1981), al español (1987), y ahora al francés (con texto griego adjunto), noticia y examen somero que pretendo comunicar a los estudiosos en las líneas que siguen.

La traducción resulta aparentemente fluida y digerible, sin que mi competencia para apreciarla sea definitiva (decidan los lectores franceses sobre calcos, préstamos o neologismos como “allopasiv”, “autopasiv”, “contre-diathèse”, “diathèse de l'âme”, “orthotoner”, “univerbation”, etc), ni este breve espacio me permita descender a más detalles. Viene acompañada de un texto griego *ad hoc* (el informatizado del *Thesaurus Linguae Graecae*), sólo secundariamente crítico, con un aparato selectivo, no del todo ortodoxo, tomado asimismo de la edición de Uhlig (1910), revisado y modificado una serie de variantes más o menos potestativas y conjeturales justificadas unas veces en el propio aparato y otras en las notas del segundo volumen, lo mismo que los testimonios y las anotaciones exegéticas.

El traductor y anotador quiere atenerse a un método estrictamente filológico, lo cual no puede reprochársele en absoluto, máxime después de las locas décadas de teorías que todos hemos vivido; con ello uno puede librarse de anacronismos (atribuir erróneamente conceptos actuales a épocas pretéritas) pero también se puede correr el riesgo de la extemporaneidad y la obsolescencia (quedar fuera de nuestro tiempo), que nuestros vecinos nos censuran; con todo, la intención siempre alimentará un plausible *desideratum*.

El mayor inconveniente y limitación para una “lectura” exclusivamente filológica de

Apolonio es nuestro escaso conocimiento de la tradición gramatical griega antigua, que en el caso de la sintaxis se reduce a la obra de que estamos tratando. Ello ha hecho inclinar la balanza exe-gética del lado filosófico, de la dialéctica estoica en particular, lo que si no es anacrónico, sí puede ser, en mi opinión, “anatópico”. La gramática griega no hunde sus raíces en la filosofía, sino en la filología alejandrina, que tuvo que dar respuesta técnica a dos serios problemas de la época, como fueron la necesidad de dar realidad escrita al lenguaje literario y a los textos poéticos orales tradicionales, hechos de regularidades y equivalencias (lo que se trasladaría a la lengua en general y a la consideración de la analogía como base del funcionamiento del sistema morfológico), pero también de usos desviados, junto con la necesidad de explicar todo ello. Dicho de otra manera: la gramática griega no se constituyó para estudiar el lenguaje en general como sistema de comunicación, sino de la literatura, de los textos, de la escritura, de los productos literarios de la época clásica; de ahí su carácter empírico, nada teórico.

La obra de Apolonio no constituye tampoco, por tanto, una “teoría de la sintaxis”, sino más bien una “práctica” de la construcción de las partes de la oración, de las palabras en la frase, aplicada al lenguaje poético griego y ejemplificada en su monumento más conspicuo: Homero. Ese es el fin de la gramática, y así lo afirma él mismo (ahora en francés): «car [la sintaxis] c'est absolument nécessaire à l'explication des textes poétiques» (I,1). Por supuesto, las cuestiones las resolvía Apolonio, las razonaba, en el marco general del pensamiento de la época, filosófico o no, dialéctico o no. Los gramáticos griegos no escribieron sobre el origen del lenguaje, sobre la teoría del signo, sobre la relación entre forma y contenido, sobre la estructura del conocimiento conceptual o temas afines; si, con Apolonio, tomamos las obras de una docena de los más sobresalientes de ellos – Ammonio, Apolonio Sofista, Arcadio, Aristarco, Aristónico, Dídimo, Dionisio Tracio, Herodiano, Nicanor, Trifón, Zenódoto – veremos que su actividad consistía en preparar ediciones críticas de textos poéticos y literarios, en escribir los comentarios exe-géticos respectivos y los ensayos monográficos oportunos, en confeccionar toda clase de diccionarios y léxicos como aparato coadyuvante a lo anterior, junto con los tratados técnicos y manuales, donde se exponían los conocimientos específicos requeridos para el ejercicio de dicho arte; que la actitud Apolonio sea más racionalista no modifica los hechos básicos, como tampoco los conceptos de “perfección” (αὐτοτέλεια), o “coherencia” (καταλληλότης) gramaticales (textuales) tienen por que ser dependientes, o confundirse, con los lógicos (dialécticos) correspondientes; ni puede afirmarse que en la gramática griega existan dos corrientes metodológicas: una empírica o filológica y otra teórica o filosófica: son dominios distintos.

Todas estas cuestiones, como era de suponer, las verá el curioso lector reflejadas en la amplia introducción donde J. Lallot pasa revista a las peripecias vitales del traducido, a los problemas históricos de la gramática griega, a la metodología de Apolonio, así como a la propia del intérprete a la hora de enfrentarse a la obra cumbre de la sintaxis antigua para ofrecerlas al lector moderno (me temo, sin embargo, que tanto el helenista como el no helenista no lo tendrán fácil y el Díscolo haya salido una vez más por sus fueros).

El traductor francés de Apolonio (antes había hecho otro tanto con la obra de Dionisio Tracio, la Τέχνη gramatical) suele ser en general crítico sosegado de sus oponentes y elusivo de controversias; conciliador en los asuntos en litigio y humilde en las limitaciones.

Las ventajas y provecho que ofrece la tecnología más reciente (se tendrá que mejorar lo relativo a la impresión del griego) empiezan a facilitar el trabajo y a manifestarse en las produc-

ciones de los filólogos clásicos: una serie de índices (de tecnicismos franceses y griegos, de términos estudiados por Apolonio, de autores y citas de la *Sintaxis*, de textos antiguos aducidos por el traductor francés, de autores modernos mencionados) son una prueba de lo dicho y una invitación a servirse de ellos por la facilidad de las búsquedas. Al lector helenista se le ofrece, pues, la comodidad de un texto griego mucho más asequible que las ediciones tradicionales y a todos una traducción legible acompañada de una exégesis más que suficiente.

VICENTE BÉCARES BOTAS

PLAUTO, *Comedias (II)*, ed. de J. Román Bravo, Madrid, Ediciones Cátedra, 1995, 739 pp.

Después de la aparición hace algunos años del primero de los volúmenes, también a cargo de José Román Bravo, de las comedias de Plauto (Madrid, Ediciones Cátedra, 1989) conteniendo prácticamente la mitad de la producción dramática del sarsinate y una amplia y excelente introducción al autor y a las múltiples cuestiones pendientes que afectan al texto plautino, se publica ahora la segunda entrega que recoge las once comedias restantes, ordenadas alfabéticamente, desde el *Mercator* a la *Vidularia*, pasando por *Miles gloriosus*, *Mostellaria*, *Persa*, *Poenulus*, *Pseudolus*, *Rudens*, *Stichus*, *Trinummus* y *Truculentus*. La presentación formal de las traducciones es semejante a la que ya se ofreciera en el anterior volumen y, así, cada comedia va precedida de una introducción particular que informa de algunos pormenores relativos a la peripecia dramática y la estructura de la obra, a su modelo griego (en el caso de estar identificado), a la datación y a la influencia que pueda haber ejercido en la posteridad. Datos breves, bien hilvanados entre sí y bien documentados y apoyados en la bibliografía pertinente (profusamente citada y comentada en las abundantes notas que jalonan el volumen), que pueden servir (y ése es su objetivo) para que el lector se inicie en la lectura de Plauto con los útiles necesarios que le permitan disfrutar del talento cómico del latino.

Si bien la traducción que se ofrece no está pensada para llevar a escena el texto de Plauto (aspecto este de la dramatización de las comedias plautinas muy a menudo olvidado por los estudiosos del sarsinate y que de tenerse en cuenta solucionaría no pocos puntos oscuros de su obra), sin embargo el texto castellano que nos brinda Román Bravo no adolece en absoluto de excesivo encorsetamiento literario y, por contar además con numerosas acotaciones escénicas que facilitan al lector la visualización de lo que pudiera ocurrir sobre un escenario, podría servir para ese objeto. El texto que se sigue, aunque de él se aparta en no pocas ocasiones (siempre indicadas en nota a pie de página), es el editado por Ernout (París 1932-1940) y sobre él se establece la muy buena traducción que ha llevado a cabo su autor, tanto en lo que se refiere a la fidelidad con que sigue a Plauto como en lo relativo a la interpretación que hace de algunas expresiones latinas que pueden tener su correlato con el castellano actual, aunque sin abusar del fácil chiste grosero que a veces suelen poner los traductores en boca de los personajes plautinos.

Es, en suma, esta traducción del comediógrafo de Sársina, la primera muestra completa (por incluir los poco más de cien versos nunca traducidos al castellano de *Vidularia*) de la producción plautina que tenemos en España y que cuenta con la virtud de ofrecer, aunque se trate de una edición destinada al gran público, un inmenso caudal de información entreverado a lo largo de

los dos volúmenes que recoge lo más sustancioso que en torno a la figura y la obra de Plauto se ha escrito en los últimos años.

JUAN LUIS ARCAZ POZO

AELIAN – *Historical Miscellany*, edited and translated by N. G. Wilson; Cambridge-Massachusetts-Londres, Harvard University Press, 1997; 514 pp.

Nigel Wilson, profesor asociado y tutor del colegio Lincoln de la Universidad de Oxford escribe una traducción de esta obra del prenestino Claudio Eliano. Con sus propias palabras, «aunque no se pueda reclamar que Eliano escribiera una gran obra maestra, este libro posee una atracción indudable y nos cuenta algo acerca de los gustos del público lector del Imperio Romano tardío». Esta obra está estructurada en las partes siguientes: una nutrida y bien trabajada introducción (vida, estilo, características del público lector y de la cultura del tiempo de Eliano, fuentes, el carácter de imitación y originalidad de su obra *Ποικίλη ἱστορία*; comparación de ésta con otra antología de su tiempo: los *Στροματεῖς* de Clemente de Alejandría, la historia de la transmisión manuscrita de la obra y su primera edición impresa), la traducción propiamente dicha de los catorce libros, tres páginas con la traducción de los escasísimos fragmentos – conservados en Estobeo y Suidas – del resto de la obra; por último, un índice onomástico y de materias.

La estructura del libro es conocida. La colección Loeb se caracteriza por ser más divulgativa que exhaustiva en lo científico y en sus comentarios filológicos. Ello quiere decir que reduce al máximo tanto el aparato crítico como las notas a pie de página. Hay, por consiguiente, dos tipos de anotaciones: el mínimo aparato crítico y los comentarios aclaratorios o que exponen las fuentes de Eliano en un pasaje determinado.

La mayor importancia se pone en la traducción, para la que establece un texto griego canónico, en este caso el de M. R. Dilts editado en la Biblioteca Teubner (Leipzig 1974); el editor y traductor remite a aquella edición para un más extenso estudio de crítica textual. Según afirma Wilson, en unos cuantos pasajes se desvía del texto de Dilts, por lo cual cree necesario que en el mínimo aparato crítico figuren también las lecturas escogidas. En las notas a la traducción, como él explica, han sido mencionadas las fuentes utilizadas por Eliano, cuando han podido ser identificadas, aunque no ha recogido los pasajes de otros autores que han dado la misma información a lo largo de los siglos hasta el siglo II d.C., ni tampoco los autores que han usado a Eliano como fuente.

Varias características de esta edición permiten solazarse con las noticias, anécdotas y sentencias presentadas por el sofista Claudio Eliano, y adquirir una amplia visión de las pretensiones de dicho autor. La primera es el muy elegante estilo en que la obra está traducida. Wilson da la impresión de ser un maestro de la lengua inglesa, puesto que su estilo es sencillo y a la vez literario, es decir, que se encuentra a la altura de la literatura que está traduciendo, probablemente superando a Eliano en su uso del griego arcaizante, en cuyo ámbito nuestro sofista no parecía muy cómodo. El vocabulario utilizado por Wilson es vastísimo, lo que en no pocas veces puede incluso obligar al lector español no excesivamente ducho en el inglés literario a consultar un diccionario de inglés.

Otro detalle que se agradece de parte del traductor, importante para la comprensión de las

constantes referencias de Eliano a la historia de Grecia, Persia y otros, es la aclaración de las personalidades que va citando el sofista griego, puesto que un lector con una cultura meramente general podría encontrar dificultades para conocer quiénes son Fálaris, Dionisio de Sicilia o incluso Zeuxis o Apeles. La intervención del autor por medio de las notas al texto es breve, pero suple lo que hace falta, incluso con fechas, para abarcar mejor el inmenso caudal de la narración de Eliano. También es notable el hecho de que el autor remite al lector a una bibliografía acerca de la paremiografía: los adagios y refranes no son escasos en Eliano, por lo que se hace preciso conocer cuáles son las fuentes del escritor. Puede observarse la relativa riqueza de estas remisiones en una nota como la segunda ^(b) de la p. 463, en la cual la referencia es a autores antiguos, paremiógrafos o no (Platón, Libanio y una epístola del mismo Eliano), y a una mínima bibliografía moderna acerca de los proverbios.

La brevedad de las notas y comentarios al texto no impide que se exponga una bibliografía necesaria para la mejor comprensión del texto de Eliano. En este sentido, el traductor expone las fuentes que haya podido consultar el autor griego – en especial, Ateneo –, así como las obras de consulta de especialistas modernos para la elucidación de los pasajes difíciles. Además, se utiliza las referencias cruzadas con otros pasajes de la misma obra *Varia historia* o con la de *De natura animalium*, especialmente cuando una anécdota se repite, o completa otra, o en lugares donde se habla de un personaje del que antes se ha expuesto alguna historia o noticia, o del cual se hará mención después. Otro dato útil que Wilson ofrece al lector de nociones filológicas amplias es el de las referencias de los fragmentos de los historiadores que Claudio Eliano va citando en sus ediciones propias -casi siempre las de Jacoby, Diels-Kranz...), dependiendo de la naturaleza de la fuente), así como las fuentes en las que Eliano se apoya para compilar sus anécdotas, que casi constantemente es su contemporáneo Ateneo de Náucratis. La información constante acerca de las referencias anecdóticas de Eliano llega incluso a incluir las meras alusiones, como en el caso de *VH* 10.18: «... when good-looking young men show their youth in its most attractive form, as Homer himself remarks somewhere [*Iliad* 24.348]. (...) Stesichorus of Himera began this type of lyric poetry [pastoral songs, fr. 279 P.-D.]; referimos esto a una meritoria búsqueda del editor o tal vez ha recogido las referencias de ediciones anteriores. Es fundamental el sistema de referencias cruzadas para recordar a los múltiples personajes que incluye Eliano en su abigarrada historia, así como el índice onomástico. Ambas cosas son – no decimos con ello nada nuevo – muy estimadas en especial por muchos filólogos que rastrear en busca de las peculiaridades del léxico de los autores, o bien por quienes, aunque no tengan una especialidad de filología clásica, sí puedan necesitar una guía que los lleve inmediatamente a cuanto hayan menester en lo referente a los personajes de la Antigüedad clásica, sean históricos, legendarios o mitológicos.

En la introducción, se nota la falta de un resumen de la obra – comprendemos que realmente arduo en el caso de una compilación como la eliane – y de un mínimo esquema de su estructura. Asimismo, se echa a faltar una estructura más clara en dicha introducción, es decir, una división en aspectos de la vida y obra del autor, de la transmisión textual y otros. No obstante, lo que se cuenta en ella es, en suma, suficiente para una aproximación somera al autor del que se trata.

Describiré finalmente con mucha concisión la organización de una plana de esta edición bilingüe: se observa en la página izquierda el texto original tal como se extrae de la compilación de los códices. Debajo existen en la mayoría de las ocasiones las *uariae lectiones* más importantes a manera de aparato crítico básico. En la página derecha, por otra parte, leemos la página en

inglés que se va resiguiendo con facilidad puesto que la traducción casi siempre va paralela a las líneas en griego, lo cual no ocurre en todas las ediciones bilingües; en la parte inferior se sitúan las notas aclaratorias, informativas o las referencias cruzadas.

JORGE MARTÍNEZ DE TEJADA GARAIZÁBAL

PLUTARCO – *De Iside et Osiride*. Introducción, texto crítico, traducción y comentario, por Manuela García Valdés. Testi e Commenti. Collana diretta da W. Arnott, B. Gentili e G. Giangrande, 13. Istituti editoriali e poligrafici internazionali, Pisa-Roma, 1995, 318 págs.

Si es parte principal en la tarea del crítico poner de relieve los defectos de una obra publicada para mejorar futuras reediciones, poco podemos objetar a la Introducción en la que se da repaso al ambiente cultural de la época de Plutarco y la personalidad filosófica y religiosa de este autor que tantos conocimientos exhibe en el tratado *De Iside et Osiride* sobre la religión egipcia y sus relaciones con las creencias greco-romanas. Salvo alguna afirmación hecha un tanto a la ligera como que «el cansancio espiritual de la época se hace notar en el abandono de la investigación científica» (p. 8), incompatible con el alto nivel científico ligado a nombres (p. ej. Tolomeo, Dioscórides, Herón, Galeno) del siglo I/II d.C.; o como que «la astrología fue el fruto de los estudios astronómicos realizados en el período helenístico» (p. 10), salvo estas imprecisiones, todo nos parece correcto y oportuno para el tema.

En lo que al *stemma* se refiere, es acertada la descripción y selección codicológica hecha por la editora, con algunas salvedades que pone de manifiesto oportunamente en su reseña (*Myrtia* 12 (1997) 107-111) Raúl Caballero.

Respecto a los criterios seguidos en la edición, que es junto con la traducción la parte más importante del libro, compartimos en general los puntos de vista de la autora; en especial, sus escrúpulos ante las modificaciones innecesarias del *textus receptus* tan del gusto de la filología decimonónica. No obstante, creemos que hay casos en que es imposible justificar lo injustificable y hacer justicia a la perspicacia de los editores modernos cuando mejoran una lectura de los manuscritos, aunque se encuentre en todos. Ciertamente que la Pr^{ta} García Valdés asume estas variables y en ocasiones puntuales prefiere conjeturas a lecturas codicológicas. Pero su pasión por “limpiar” el texto de intrusiones modernas la lleva a alguna que otra defensa numantina del texto manuscrito.

Por ejemplo, esgrime la fonética del griego tardío para preferir en 352A8 ὦν τὸ μὲν ἕτερον de casi todos los manuscritos frente a ὦν τὸν μὲν ἕτερον del *Marc. Gr.* 248; o para en 364E2 mantener como ἀρχικὰ μὲν οὐ la lectura ἀρχικαμένουσιν de los códices, argumentando que en griego postclásico a veces no se encuentra la -ν final del acusativo masculino o femenino ante consonante; pero, dado el carácter excepcional de estas lecturas en Plutarco, podemos con toda justicia volver al revés el argumento y pensar, en el primer caso, que la pérdida es un error habitual cometido por la generalización tardía de esa indiferenciación fonética y que no pertenecía al original. Y, en el segundo, queda el problema, no resuelto por la editora en su comentario, de la -α- en el femenino de ἀρχικός. Aquí podría postularse, manteniendo la lectura de la tradición manuscrita y aceptando la explicación dada por la Pr^{ta} García Valdés para el

grupo κλ (pp. 256-257), ἀρχικὰ μένουσαν con el sentido de "tú que conservas en Delfos funciones directivas de las tiades"; pero, a pesar de ello, me inclino por la modificación de Keramopoulos, ἀρχηίδα, que cuenta con el apoyo de ser un título sacerdotal délfico cuyo nombre se ha podido corromper fácilmente en ἀρχικλα en el paso de uncial a minúscula (no es difícil HI > ικ y Λ > δ).

También sirve la lengua postclásica para defender el indicativo en 384A8: ὅταν...ποιεῖ esgrimiendo la confusión modal de la época. Aunque comparto el conservadurismo de la editora, aquí no tengo ningún problema en restaurar el subjuntivo con los editores modernos, por dos razones: la primera es que en un breve sondeo con ayuda del TLG y sobre los opúsculos contenidos en el volumen correspondiente de la Teubneriana (vol. II), de los 47 casos de oraciones con ὅταν (17 corresponden a nuestro tratado) sólo en este ejemplo encontramos indicativo en vez de subjuntivo y, asumido tácitamente como error por la editora, en 371F1 (ὅταν δὲ πύομενος ἐπὶ τὸν πόταμον καταίρη) donde la lectura, καταίρει aparece en los códices A¹αLv. Este ejemplo es muy interesante porque, de acuerdo con el argumento de la editora que estamos discutiendo, habría que restablecer también aquí el indicativo, ya que coinciden en él las dos familias (α y ν) establecidas en el *stemma*. El subjuntivo del resto de la tradición tendría que interpretarse como una corrección culta por copistas posteriores. Pero si no es así y aquí se admite un error, no entiendo por qué no admitir en 384A8 el mismo error no corregido en la tradición que arranca sin duda del arquetipo; en ambos casos se trata de un ejemplo típico de itacismo, facilitado por la confusión modal del griego tardío.

Fuera de ejemplos como éstos y algún otro, como mantener οὐ en 353E8, μαθήματα en 355B2, a mi juicio correctamente modificado en παθήματα por Xylander (cf. Raúl Caballero, pág. 110), o restablecer en 370C6 τοὺς θεοὺς γενέσθαι οὓς καλοῦσι, la metodología aplicada por la Dr^a García Valdés, con más ventajas que inconvenientes, mejora bastante el texto de este tratado. En el caso último, sin embargo, la lectura de los manuscritos es demasiado forzada; preferimos la sencilla corrección de Wyttenbach, οὓς θεοὺς γενεθλίους καλοῦσι basada en la alteración γενεθλίους > γενέσθαι οὓς que es paleográficamente asumible; producida ésta, no resulta difícil aceptar que se haya corregido οὓς en τοὺς por motivos sintácticos.

Respecto a la traducción – García Valdés ya nos había ofrecido una en su selección *Obras Morales y de Costumbres* publicada en Madrid, 1987 –, nos parece en líneas generales elegante y ajustada al texto, aunque mejorable en algunos pasajes concretos en los que, o no se ha captado bien el sentido o se observa una disonancia entre ésta y el texto defendido por la autora. Algunos ejemplos de imprecisión: 351E: σεμνοτέραν ἀπέφηνε τὴν τοῦ Διὸς ἡγεμονίαν ἐπιστήμης καὶ σοφίας πρεσβυτέραν ου. Los genitivos, a juzgar por los versos de Homero anteriores, no se refieren a πρεσβυτέραν ("porque es anterior en conocimiento y sabiduría"), sino a ἡγεμονίαν ("superioridad en conocimiento y sabiduría por ser anterior"); 367A: εἰ δὲ ταῦτα μὴ λέγεται παρ' αὐτοῖς, εἰκότως οὐδ' ἐκέινον ἂν τις ἀπορρίψειε... La traducción «Y si estas cosas no se dicen entre ellos sin razón, tampoco nadie rechazaría ...» parece asumir (contra el criterio de la editora) la conjetura de Griffiths ἀπεικότως o la de Sieveking-Froidefond: παρὰ τὸ εἰκός. Proponemos, eliminando la coma tras αὐτοῖς, la siguiente traducción: «Y si no es verosímil esto que se dice entre ellos, tampoco puede desecharse ...»; 367D3-6: τὸν δῆλιον ἀκράτῳ πυρὶ κεκληρωκότα θάλλπειν τε καὶ καταναίνειν τὰ φύομενα καὶ τεθηλότα. Comparto en este pasaje la viabilidad del texto manuscrito y lo innecesario de las correcciones modernas; pero la

traducción «Y el sol, en su dominio, con el fuego sin mezcla, calienta y deseca lo que nace y florece» es confusa. Si interpretamos ἀκράτῳ πυρὶ como complemento indirecto de κεκληρωκότα (“y el Sol, que tiene encomendado a su fuego puro calentar y resecar lo que nace y florece ...”) se mantiene el sentido activo del participio y el paralelismo con la oración anterior (τὴν μὲν γὰρ σελήνην γόνιμον ... ἔχουσιν...); en mi traducción ἥλιον sería sujeto sólo de los infinitivos ποιεῖν ... καὶ κατακρατεῖν (más abajo en el texto). Por último no entiendo por qué en 379B7-9 (οὐ μόνον Ξενοφάνης ὁ Κολοφώνιος η., ἀλλ' ὅτι γελοῖον ἅμα θρηνοῦντας εὐχεσθαι...) se traduce ὅτι como causal, cuando tiene el valor completivo habitual en la secuencia οὐ μόνον ... ἀλλὰ ὅτι.... Ni tampoco entiendo por qué se traducen como intransitivos los versos ἀπολαίειν y ποεῖ en 384A1-2: καὶ τὸ φανταστικὸν καὶ δεικτικὸν ὀνειρῶν μῶριον ὥσπερ κάτοπτρον ἀπολαίειν καὶ ποιεῖ καταρῶτερον ὁδὲν ἦττον ἢ τὰ κρούματα τῆς λύρας.. La traducción «Y la facultad imaginativa y receptiva de sueños, como un espejo, brilla y se hace más pura en nada menos que las notas de la lira, ...» no se entiende; es mejor y más correcto interpretar como sujeto no τὸ ... μῶριον, sino (τὸ κῦφι) y devolver su transitividad a ambos verbos: “Y (el kifi) la facultad imaginativa y receptora de sueños, como si de un espejo se tratara, la pule y hace más pura, no menos que las notas de la lira ...”

Finalmente un par de puntualizaciones especializadas: La traducción del verso de Arato «cuando por primera vez el sol entra en conjunción con León» (366A2-3: ἡελίου τὰ πρῶτα συν-ερχομένοιο λέοντι) no es del todo correcta, ya que la conjunción es una posición astronómica que se da entre el Sol, la Luna y los planetas, no entre un planeta y una constelación. Sería más exacto traducir “cuando el Sol empieza a recorrer (o coincide por primera vez en su recorrido con) Leo”. Y en cuanto a la palabra ἀστρολογία (367C10: καὶ τῶν ἀστρολογίας μαθηματικῶν ἔνια) no es correcto traducir «algunos conocimientos matemáticos en conexión con la astrología». El término griego ἀστρολογία para Plutarco, como para casi todo el mundo greco-romano, significa ‘astronomía’ y así hay que traducirlo. En este pasaje no hay nada astrológico, pese a F.H. Cramer (*Astrology in Roman Law and Politics*, Philadelphia, 1954, pág. 196) que interpreta así τῶν ... μαθηματικῶν («i.e. in modern terminology of “some astrological parts of astronomy”!»).

Completan el libro dos útiles índices de nombres, uno de equivalencias divinas con otros dioses, principios, animales, objetos, números u otras realidades y, otro de autoridades. Tan sólo indiquemos nuestra extrañeza por la transcripción de ζ por c en Horomaces (también en el cuerpo de la traducción) y, en el de autoridades, – que recoge sus nombres en latín – la presencia de algunas incorrecciones como *Euemerus*, en vez de *Euhemerus*, *Hermes Trismegistos*, en vez de *Hermes Trismegistus*, y *Pythagoricoi* y *Stoicoi*, en vez de *Pitagorici* y *Stoici*.

En resumen, a pesar de las puntuales precisiones y divergencias que hemos manifestado (no hay mucho más en las 318 páginas de que consta el libro), algunas de ellas por supuesto discutibles, nos ratificamos en nuestra apreciación altamente positiva de este libro en todas sus partes, tanto en la Introducción, que es clara y necesaria para el contenido, como en el establecimiento del texto y en la Traducción y Comentario. Respecto a este último subrayamos la valentía de la autora al afrontar y discutir con gran rigor filológico las distintas lecturas, correcciones y conjeturas propuestas a los diferentes pasajes. Tanta ἀκρίβεια implica el peligro de hacer más cómodo y atrevido el trabajo del recensionista, pero también dice mucho de la honradez filológica de la autora que discute con prudencia y respeto otros puntos de vista, argumenta con

buenos fundamentos los suyos y exhibe en los comentarios su amplia experiencia crítica, sus profundos conocimientos de la lengua y del pensamiento de Plutarco y su erudición siempre justa y útil para la comprensión del texto y la interpretación de su contenido. Por eso aplaudimos el trabajo de la Prf^a García Valdés y desde aquí animamos a otros plutarquistas a seguir el camino trazado por ella con este libro.

AURELIO PÉREZ JIMÉNEZ

II. LINGÜÍSTICA

SERBAT, GUY — *Grammaire fondamentale du Latin. Tome VI: L'emploi des cas. Volume I: Nominatif, Vocatif, Accusatif, Génitif, Datif*, Lovaina-París, Éd. Peeters, 1996, 616 pp.

En 1981 publicaba G. Serbat *Cas et fonctions* (trad. esp. Madrid 1988), estudio en el que abordaba una revisión crítica de las teorías casuales desde la Edad Media hasta nuestros días. Ya entonces el autor dejaba traslucir una visión personal del sistema casual latino, pero aquellos breves comentarios sobre doctrinas ajenas se convierten ahora en una exposición complejiva, en una explicación a la vez global y detallada del “valor” de los casos y de sus realizaciones concretas, en un intento por ofrecer un sistema “où tout se tient” (p. 3).

En realidad, ya en una de sus primeras incursiones en el tema (*REL* 56, 1978, pp. 90-114), una reseña a los *Grundfragen* de H. Happ (obra fundamental no incluida en la bibliografía final, pp. 581-90), Serbat, además de mostrarse crítico con la Gramática Dependencial, señalaba su convicción de que sólo un enfoque estructural podía explicar satisfactoriamente la sintaxis casual latina. En este intento se ha mantenido a lo largo de los últimos veinte años, a través de una copiosa producción científica que aparece recogida sólo parcialmente (pp. 588-9), una amplia lista en la que faltan trabajos citados en el propio volumen (así, p. 131: Serbat 1993) y otros muchos en los que se basan no pocas ideas desarrolladas en esta ambiciosa monografía: «Der Nominativ und seine Funktion als Subjektkasus im Lichte moderner Sprachtheorie», *Glotta* 59, 1981, pp. 119-36; «Sur le Vocatif. Le Vocatif: un acte de parole», *VL* 106, 1987, pp.7-13; «Le datif dans les *Bucoliques* de Virgile», *Minerva* 3, 1989, pp. 213-229; «Comment analyser *id gaudeo?*», *Helmantica* 45, 1994, pp. 231-238, etc.

Hay otro tipo de ausencias más significativas, pero justificables desde el convencimiento de Serbat de que sólo su visión personal de la Sintaxis puede dar cuenta, de forma coherente y convincente, de todos y cada uno de los problemas que la “vulgate” gramatical (Kühner-Stegmann, Hofmann-Szantyr y Ernout-Thomas) había dejado pendientes. Así, su crítica frontal a Tesnière (pp. 22-25), al modelo valencial, y a los que denomina (p. 217) “neo-tesnerianos” (H. Pinkster y la Gramática Funcional de Dik) le lleva a prácticamente ignorar una de las corrientes lingüísticas actuales más importantes en el ámbito de la sintaxis latina; también son escasas las referencias a las aportaciones de la gramática generativo-transformacional, de G. Calboli y la “escuela de Bolonia”, o, por citar otro nombre propio, de Ch. Touratier, cuya monumental *Syntaxe Latine* (Louvain-Paris, 1994) ni siquiera se menciona.

En fin, aunque estructuralista, las críticas del autor alcanzan también a determinadas aplicaciones de esta corriente lingüística, por más que, por ejemplo, el lector hispano encuentre no pocas coincidencias entre la organización global del sistema casual que propone Serbat con la estructuración de los casos de L. Rubio (*Introd. a la sintaxis estructural del latín*, Barcelona 1966, pp. 77-162) o J. L. Moralejo (*RSEL* 16, 1986, pp. 293-323).

De lo ambicioso del proyecto baste señalar que las más de 600 páginas de esta monografía son “sólo” el primer volumen, y que se anuncia un segundo dedicado a la sintaxis del ablativo y de los sintagmas preposicionales. De su exhaustividad puede dar una idea su comparación con tres de los manuales clásicos que han desarrollado con mayor amplitud el mismo tema: Kühner-Stegmann (*Ausführliche Gram. der latein. Sprache*, II.1, Hannover 1912, pp. 252-346 y 412-487), Bassols (*Sintaxis histórica de la Lengua Latina*, vol. I, Barcelona 1945, pp. 93-345) y Hofmann-Szantyr (*Lateinische Grammatik*, München 1972, pp. 21-101).

La diferencia entre estos manuales clásicos y la obra de G. Serbat, lógicamente, no está tanto – o no sólo – en los datos manejados (es verdad que en no pocas ocasiones – pp. 79, 116, 253-4, 435, etc. – el autor francés ofrece datos propios a partir del análisis de unos *corpora* concretos) o en su ordenación (Serbat sigue utilizando como criterio expositivo las “etiquetas” y clasificaciones de dichos manuales) como en su interpretación y análisis. En este sentido sería inútil, en los límites de esta reseña, hacer un recorrido, siquiera somero, del sinfín de cuestiones analizadas en esta monografía. Además, abordar el problema de los casos con la exhaustividad con que lo hace Serbat es ofrecer, en último término, una concepción global de la sintaxis: desde la definición de la función de Sujeto (pp. 76-80), al concepto de diátesis o transitividad (pp. 221 ss.), de la estructura sintáctica de la frase (pp. 21-26), a las funciones del lenguaje.

Por todo ello, me voy a detener sobre todo en los principios metodológicos que informan la obra (pp. 3-26), ya que condicionan y ayudan a entender el tratamiento puntual de cada uno de los casos. Y será al hilo del comentario de estos principios donde señalaré algunos ejemplos puntuales de las consecuencias – y riesgos – que esta visión de la sintaxis conlleva.

Pues bien, Serbat formula ya de entrada (p. 3) el principio básico que subyace en toda su obra: «j'ai privilégié les faits, et essayé à partir des *emplois* des cas, d'atteindre si possible leur *valeur*. Car je crois qu'à *une* forme donnée correspond *une* valeur unitaire» (la cursiva es del autor). Hay en este principio básico del estructuralismo más clásico una visión muy concreta de la sintaxis: pese a que la lengua tiene una función comunicativa, parece prioritario o más importante definirlo como un sistema “abstracto”; pese a que es en el marco de la frase donde se establecen las funciones de los elementos por su relación “sintagmática” entre unos y otros, y son esas funciones el objetivo primordial de la “sintaxis”, se da primacía al paradigma fomal como si fuera más importante la oposición morfológica entre *domin-us* y *domin-um* que sus posibilidades funcionales (plurales y diversas).

Partir de la(s) forma(s) o de la(s) función(es), adoptar una perspectiva paradigmática o sintagmática: eso es lo que distingue el estructuralismo taxonómico de Serbat de otras concepciones actuales de la sintaxis. Porque el autor – y es ésta una diferencia con otros estructuralistas –, no niega «la plurifonctionnalité» de los casos, pero cree posible el establecimiento de un valor unitario, aunque sea «au prix d'un effort d'abstraction» (p. 119), sin necesidad de hablar de neutralizaciones, de empleos sintácticos y semánticos (Kuryłowicz).

Y es aquí donde el lector, más allá de apriorismos o de prejuicios de “escuela”, debe valorar

la validez, la capacidad explicativa, filológica, de un método. Así, dejando a un lado el vocativo (pp. 87-111), cuya especificidad como «cas déictique» (su referente «est, par nature, le destinataire de l'énoncé») explicaría que esté «dépourvu de toute fonction syntaxique» (p. 89), el nominativo (pp. 29-84) se define, por oposición al resto de casos, como «la forme qui sert purement et simplement à dénommer» (p. 29); presenta, pues, una función meramente referencial y su significado sería «parfaitement unitaire: il est toujours une forme nominale de non-dépendance» (p. 80). En favor de esta caracterización estarían sus empleos para la simple designación (títulos, Nom. descriptivo, apositivo, *pendens*, etc.), pero también el Nom. Sujeto porque, en tales casos «n'est pas dépendant de rien: c'est, on l'a vu, le predicat qui dépend de lui» (p. 79).

Esta caracterización del Nom., deudora de los gramáticos antiguos y ya presente en otros acercamientos estructurales, es un buen ejemplo del tipo de argumentación que subyace en los planteamientos de Serbat. La necesidad de buscar a toda costa un valor unitario a cada forma casual obliga a plantear como problemas hechos que están en la esencia de todas las lenguas: una misma función puede ser expresada por marcas distintas (que la función de Sujeto la pueda expresar también el Acus. no es razón – p. 54 – para negar que el Nom. sea marca de dicha función) y un mismo caso puede tener empleos “sintácticos” (en la frase) y “asintácticos” (al margen de una predicación). También *de* + abl. o una subordinada con *quod* (p. 43) pueden aparecer al margen de la predicación (desempeñando en términos pragmáticos la función Tema) sin que ello nos obligue a una definición “unitaria” de dichos elementos de relación a partir de ese contexto concreto. Por otra parte, no se entiende por qué el Nom. *Pompeius* es más “referencial” que *a Caesare* en *Pompeius a Caesare victus est*; en realidad, la función referencial (tal como la entendía Jakobson) excede el ámbito de los casos y es más bien una característica de la predicación en su conjunto.

Frente al Nom. caso “asintáctico”, el Acus., además de una dependencia sintáctica, se define en términos semánticos: «signale une operation de l'esprit plus abstraite» que unifica todos sus empleos, descritos, por lo demás, con detalle y gran riqueza de datos (pp. 123-250): «L'Ac a pour signifié d'appeler le signifié verbal à le recouvrir» (p. 26), es decir, indica una superposición total (acusativo interno) o parcial (todos los Acus. no objetos serían Acus. de objeto interno que sólo retoman parcialmente el significado verbal) del concepto nominal y verbal. Este significado del Acus. (*vulnerat milit-EM*) sería el mismo que expresa la pasiva (*miles uulnera-TUR*): «dans les deux cas se met en marche une opération qui, à partir soit du verbe (-TUR), soit du nom (-EM), amène le concept verbal à coïncider avec le concept nominal» (p. 120).

Semántico también, aunque más concreto, sería el valor unitario del Gen. (pp. 253-431): «le rapport d'extraction (qui suppose inclusion) qu'il exprime, rend compte de tous ses emplois» (p. 26), un significado que ayudaría a entender conjuntamente los empleos adnominales y adverbiales. En fin, el Dat. (pp. 431-580) «signifie constamment repère de visée», un significado que aparecería en estado puro en las dicatorias y que se puede representar «abstraitement par le schéma [→ X]» (p. 436).

Dejando a un lado la necesidad de establecer un valor unitario para cada desinencia casual, cabe preguntarse hasta qué punto estas caracterizaciones tan abstractas resultan operativas. En este sentido, las críticas que esta concepción de la sintaxis ha merecido en las últimas décadas han sido frecuentes, aun dentro del propio estructuralismo: M. Lacey, por ejemplo, señala con razón que «la recherche d'une valeur unique qui justifierait les emplois très différenciés des for-

mes casuelles aboutit soit à l'affirmation d'une signification à ce point abstraite que la justification des emplois particuliers ne peut se faire sans artifice ni acrobatie, soit à la détermination d'un sens à ce point restreint qu'il ne couvre qu'une partie minime de l'ensemble qu'il devrait expliquer» (*Usus. Grammaire Latine*, Lovaina, 1997, p. 133).

A mi juicio, Serbat incurre en el primero de los riesgos que advierte Lavency. Unas formulaciones tan abstractas, unos valores casuales tan poco aprehensibles por su vaguedad, acaban convirtiéndose en una especie de “cajón de sastre” *où tout se tient*. Por bajar de la abstracción a la realidad de los datos: ¿cómo explicar, por ejemplo, la concurrencia de tres acusativos en Cic. *Verr.* 4,39 (responderet *illud argentum se misisse Lilybaeum*, “respondió que él había enviado aquel objeto de plata a Lilibeo”) a partir del valor de “superposición del concepto nominal y verbal”? ¿Cuántos tipos de superposición hay que distinguir? Porque *se*, además de Acus., es el Sujeto sintáctico de *misisse*, con independencia de que dicha realidad sintáctica se explique a partir de construcciones con “acusativo proléptico” (pp. 180-2), o como extensión de estructuras del tipo *credo eum divitem (esse)* (pp. 193-4), dos explicaciones, por lo demás, difícilmente aplicables a este ejemplo concreto. Salvo la coincidencia morfológica, ¿qué tienen en común *se* y *Lilybaeum*? ¿Hasta qué punto resulta operativo, en términos de descripción sintáctica, hacer una revisión pormenorizada de cada uno de los tipos de genitivo – “posesivo” (pp. 257-63), “de cualidad” (pp. 265-287), “apositivo y de definición” (pp. 287-302), etc. – para concluir que se trata de meras etiquetas contextuales y que únicamente «le concept ‘d’inclusion’, véhiculé à notre avis par la désinence G, permet de ramener à l'unité la déroutante diversité de l'usage» (p. 302)?

Los interrogantes podrían multiplicarse. Hace ya casi un siglo Meillet advertía: «La valeur des cas ne peut être exprimée par des formules abstraites; elle se définit surtout par les types de phrases dans lesquelles on emploie tel ou tel cas. Ces valeurs sont souvent complexes, et les mêmes cas figurent dans groupements qu'il est difficile de ramener à une formule unique, si vague qu'on la fasse» (*Introd. à l'étude compar. des langues ides.*, Alabama 1903, p. 342). Serbat, que recoge la cita de Meillet, intenta convencernos de lo contrario: «je prends résolument le contrepied de ce renoncement» (p. 3).

El esfuerzo de convicción es indudable. Y allí donde el autor baja del terreno de la abstracción al análisis de unos datos, siempre ricos y sugerentes, el lector encontrará no pocas interpretaciones originales. En suma, aunque los planteamientos metodológicos de G. Serbat puedan ser – y, a mi juicio, lo son – cuestionables, o el lector se sienta poco convencido con determinadas explicaciones puntuales, lo cierto es que el mérito de la obra es indudable: Serbat no se limita a establecer un sistema o a definir el significado “abstracto” de cada caso, sino que, a partir de un caudal impresionante de datos, ofrece una interpretación personal de todos y cada uno de los “valores” que la tradición gramatical había asignado a cada caso. Desde esta perspectiva, la monografía de Serbat se convertirá en un punto de referencia tan obligado como los manuales clásicos de Kühner-Stegmann o de Hofmann-Szantyr. Lo cual no es poco.

JOSÉ MIGUEL BAÑOS BAÑOS

BRIXHE, CLAUDE – *Phonétique et phonologie du grec ancien* I. Leuven, Peeters, Louvain-la-Neuve, 1996, 162 pp.

El libro describe una parte esencial de la Fonética y Fonología griegas, el sistema consonántico. Su novedad reside en presentar una visión (o revisión) unitaria del consonantismo en torno a dos fenómenos de gran complejidad, palatalización y despalatalización, que han ocasionado una transformación progresiva y absoluta del sistema. Se trata, además, de fenómenos que han funcionado a través de una cronología muy amplia, de modo que han afectado al griego desde fases antiquísimas de la lengua (caps. I y II), pero, eventualmente, han seguido operando en fechas muy recientes. Este es el caso del dialecto beocio (cap. IV). Además, su evolución no ha sido la misma en todas las zonas en idéntica cronología. Puede ser el caso del cretense (cap. III). El autor se basa, como en todos sus trabajos, en el estudio e interpretación de las grafías utilizadas en cada dialecto en las calas cronológicas establecidas (grafías únicas, dobles gráficos, grafías conservadoras, aproximadas, inversas etc...).

El libro consta de cuatro capítulos de extensión diferente. El II es el capítulo central (pp. 25-92). En él se tratan de manera global los fenómenos de palatalización y despalatalización operados en micénico. A la vez, se recogen cuestiones del capítulo I y se adelantan otras de III y IV. Paso, pues, a exponer las ideas desarrolladas en cada capítulo.

Capítulo I (pp. 7-24): Brixhe revisa, siguiendo los principios de la *Sociolingüística*, varios problemas del griego micénico (tratamiento de **ti(:)* en morfemas, palatalización esporádica de **thi(:)*, doble tratamiento de **j-* y **p-*). Según esta ciencia, una determinada evolución prosperará tan sólo si parte de las clases altas de la sociedad; si no, puede ser estigmatizada y volver atrás en el proceso; además, un cambio fonológico que en su día prosperó pudo ser desterrado posteriormente cuando la clase dominante pasó a ser otra con un panorama lingüístico distinto (los dorios).

Ambas situaciones confluyen, por ejemplo, en el tratamiento de **t* ante *i(:)*, que sufre, según Brixhe, un proceso de palatalización y posterior despalatalización, alcanzada en la fecha de nuestras tablillas: *t'i(:) > tsi(:) > si(:)*. El fenómeno afectó al léxico y a la morfología. Fue desterrado, sin embargo, de ésta en aquellas zonas que posteriormente fueron colonizadas por los dorios o afectadas por su vecindad (beocio y tesalio). La nueva clase dominante hizo que el fenómeno quedara restringido al léxico o la onomástica en dichas zonas.

Capítulo II (pp. 25-92): Se revisa el consonantismo griego desde fecha micénica a la luz de los procesos de palatalización y despalatalización. Sobre el proceso de palatalización, los postulados fundamentales del autor son: 1) no hay paso de serie velar a dental en un estadio oclusivo, sino confluencia de ambas en una palatal (*t, d*); 2) ante *j* se produce una neutralización sorda-aspirada (**t(h)j, *k(h)j*) y dorsal-dorsal labiovelar (**k^(w)(h)j, *g^(w)j*); 3) hay que distinguir entre consonantes palatalizadas (palatalización parcial) y palatales (total) (frente a *t, d / t', d'* y *t, d*), 4) es dudoso si la palatalización supone geminación, aunque Brixhe considera que la ha habido en posición intervocálica.

Sobre la despalatalización o reducción de las palatales, opina que se ha podido efectuar por dos conductos: 1) regresión (*t/d <* desde *t'/d'* o *t/d*): *erettjo: > eretto: > eretto:* en át. eub. y beoc.); 2) alargamiento de la explosión, que produciría una segmentación que ocasiona, a la postre, una africación (oclusiva + elemento chuitante en un primer momento, más tarde silbante: *tʃ/dʒ > ts/dz*). Estas africadas son, en principio, monofonemáticas */ts-dz/*. No son inestables y se han mantenido, seguramente, en cretense (cap. III), pero el cambio de un elemento del par

hace del otro un fonema mal integrado, que tenderá a reducirse a silbante (s)s/(z)z.

Los grupos afectados por la palatalización en griego son: **oclusiva* (no bilabial) + *j*, separadas o no por límite de morfema; **tw*, confundida con **tj*; **n* y **l* + *j*; **ti* y **thi*; **labiovelar* + /i/o/e/. Los fenómenos van analizados (pp. 43-92) en el orden en que el autor considera que se han producido. Palatalización y despalatalización serían fenómenos ya cumplidos (en algunos contextos) o que estarían cumpliéndose (en otros) en micénico (cf. cuadro, p. 91) :

- Asibilación de **t(h)i(:)* (pp. 44-48, cf. cap. I).
- Tratamiento de **t(h)j* (pp. 48-52): el problema es su evolución precoz respecto a **t(h)+j*, como prueban los dialectos alfabéticos meridionales (B), en que ambos contextos han evolucionado de forma distinta (-s/-ss-, át. -s/-tt-). En micénico **t(h)j* siempre se representa con la serie *s*-. Debido a esta coherencia gráfica absoluta, es posible que la africada [ts] se haya reducido ya a *ss* o incluso *s* (cf. pp. 60-61).
- Tratamiento de **t(h)+j* (pp. 52-53): la diferencia con el anterior se explica por retraso en la palatalización a causa del límite morfológico. En micénico todos los ejemplos seguros se escriben con la serie *s*- (sólo inseguros con *z*-). El estado de cosas micénico debe de ser -ss- puesto que no devendrá -s- en ningún dialecto griego del primer milenio.
- Tratamiento de **kj*, **k^wj*, **ghj*, **g^whj* que se reducen a *kj* (pp. 53-60): el micénico, aunque muchos ejemplos son de etimología complicada, asegura la grafía *z*-. La grafía parece alternar con *s*- en dos ejemplos de Pilo (Lejeune 1971:135) y ocasionalmente con *k*- (*a-ke-ti-ri-ja/a-ze-ri-ti-ja*). La palatal surgida en estos grupos evoluciona por regresión (o falsa regresión) en ático, beocio y euboico, mientras que lo hace por africación (*t)t > ts > ss* en el resto. Así pues, **kj* estaría en vías de africación en el momento de la creación del silabario y habría devenido auténtica africada más tarde. El panfilio y el jonio tendrían en era alfabética esta africada, notada con Ψ en aquél y con Ϝ en éste.
- Tratamiento de **j*- **dj* **g^wj* (pp. 67-69, cf. cap. I): el tratamiento por refuerzo articulatorio de **j*- y la palatalización de los dos grupos debió de ser contemporánea. Las tres secuencias evolucionaron a (*d*)*d* > (d)dz. El estadio (*d*)dz, notado sistemáticamente con la serie *z*-, se habría conseguido ya desde la elaboración del silabario.
- Tratamiento de **bilabial* + *j* (pp. 69-72): su palatalización *pt* y su despalatalización por regresión *pt* se habrían cumplido entre fecha de creación del silabario y las tablillas de Cnoso.
- Tratamiento de **rj*, **lj*, **nj* (pp. 72-83): *r/l* ante *j* -que proporcionan los ejemplos más seguros- se habrían palatalizado y más tarde despalatalizado por regresión dando lugar a tres situaciones fonéticas distintas en las tablillas. Dos de ellas son las siguientes: -geminada tras *e/i/u*, con lo que la grafía (*ra*₂ y *ro*₂) puede ser utilizada (grafía inversa) también para **r/ls*, que se encontraría en la misma situación (*a-ke-ra₂-te* = αγγεραντες); -consonante simple tras otra consonante, así los agentes femeninos, que habría que entender en [-tra] (cf. Lejeune 1976, pp. 205-206).
- Tratamiento de las labiovelares ante *e/i* (pp.84-90): la sorda ante /i(:)/ palatalizó en todos los dialectos y toda la serie lo hizo ante /e(:)/ (salvo en eolio). Pudieron existir, pues, situaciones lingüísticas distintas dentro del mundo micénico. En algunas zonas pudo haber comenzado la palatalización, aun sin cambio gráfico, y en otras no. Ello explicaría tanto lo que ocurre en eolio ante /e(:)/ como el hecho de que el arcadio haya mantenido un estadio

intermedio entre $*k^w/g^w$ y t/d (Í, o Z, ZT, TZ en las inscripciones arcaicas).

Capítulo III (pp. 93-110): El dialecto de Creta ofrece un buen ejemplo de la posibilidad de que haya habido diferentes estadios lingüísticos en distintas zonas dentro del mundo micénico. En efecto, este dialecto presenta datos de la evolución de los grupos $*j-$, $*dj$, $*g^{(w)}j$ y $*t(h)j$, $*k(h)j$ a través de diversas etapas hasta llegar a las notaciones extrañas propias de la *koiné* cretense. Unos y otros conocen sus articulaciones palatales (d) d / (t) t , creando un orden palatal frente al apicodental, dorsovelar y bilabial. Esta es, según Brixhe, la fase representada por ? de forma mayoritaria tanto para $*dj$ como para $*tj$ entre los siglos VII y VI (ocasionalmente el primero puede aparecer también representado por Δ y el segundo por T, Σ , Ξ). La despalatalización por regresión (d) d / (t) t le parece la situación marcada por los grafemas Δ/Δ T/TT, mayoritaria entre los siglos V y III (para el primero puede aparecer la alternativa gráfica TT y para el segundo S o $(\Theta)\Theta$). La aparición de esta extraña grafía para la serie sorda sobre todo desde el s. III podría resultar de la confusión con el resultado de $*sth > thth$, que se articularía [tth]. Así, a una forma dada de la *koiné* ($\Theta\Lambda\Lambda\Lambda\Sigma\Sigma\Lambda$) respondería en dialecto $\Theta\Lambda\Lambda\Lambda\Theta\Theta\Lambda$ lo que lleva a frecuentes hipercorrecciones del tipo ΠΟΛΙΘΙ, FETEΘΘΙ.

Capítulo IV (pp. 111-142): En esta sección el autor revisa dos hechos de vocalismo beocio para demostrar que ambos pueden ser producto de la semiconsonantización de /i/ en hiato seguida de un proceso de palatalización. Se trata de la aparición esporádica de un dígrafo (vocal)-*iota* ante $s + oclusiva$, explicado comúnmente por desarrollo de [j] entre la vocal y la consonante s , y de la desaparición eventual de *iota* en hiato. El autor explica el hecho dentro del panorama del propio dialecto beocio, en el que se habrían producido los siguientes fenómenos:

– La /e/ habría sufrido en este dialecto, al menos en una parte de la población, un cierre similar al de /e:/.

– Además, la [i] -de diversas procedencias- se consonantiza en hiato [j] tras diversos fonemas consonánticos.

-Por último, habría palatalización parcial o total de la consonante anterior: si tan sólo hubiera ejemplos con r , s , d , l y n , se podría pensar en absorción de [j] tras articulación alveolar, pero hay que aceptar en términos articulatorios la palatalización tras kh , a pesar de que la grafía parezca responder a absorción: ΚΕΦΩΝΙΧΟΣ por ΚΕΦΩΝΙΧΙΟΣ. Así pues, un fenómeno vocálico habría desencadenado en el dialecto beocio una serie de palatalizaciones recientes.

El libro concluye con una amplia bibliografía (pp.143-146), índice de los dialectos griegos citados (p. 147), índice de términos micénicos (pp. 149-150), índice de términos en griego antiguo alfabético (pp.151-158), índice de términos en griego moderno (p. 159) y un índice general específico (pp.161-162).

El trabajo es un modelo de investigación científica. Sobre principios teóricos rigurosos se afronta un problema complicado de la Fonología y Fonética del griego antiguo. Como los fenómenos implicados han supuesto un cambio absoluto del sistema, se proporciona una visión de conjunto de las diferentes fases del consonantismo griego desde el II milenio hasta la lengua común. El libro está dirigido al especialista, no al estudiante, ya que en ciertos momentos su lectura llega a ser bastante difícil.

Querría mencionar, por último, las abundantes citas de trabajos de profesores españoles esparcidas por el libro, en particular, E. Crespo, *Minos* XIX, 1985, pp. 91-104 y J. Méndez

Dosuna, *Die Sprache* 35, 1991-93, pp. 82-114, aunque no sea para compartir sus opiniones.

H. MAQUEIRA

MARINA SÁEZ, ROSA M^a – *La métrica de los epigramas de Marcial. Esquemas rítmicos y esquemas verbales*, Zaragoza, Institución “Fernando el Católico” (C.S.I.C.), 1998; 344 pp.

Consecuentemente con el título de su trabajo, la autora, tras una introducción en la que da cuenta del estado de la cuestión de los estudios métricos sobre Marcial y el punto de vista que adoptan, así como del que va a ser el suyo propio (1), pasa revista al dístico elegíaco (2), al falecio (3), al coliambo (4) y finalmente a otros metros menos empleados, es decir, al hexámetro *κατὰ στίχον*, al trímetro yámbico *κατὰ στίχον*, al dístico formado por escazonte y dímetro yámbico y al sotadeo (5), atendiendo a los esquemas rítmicos pero, sobre todo, a cuestiones de métrica verbal, a través del estudio de cesuras y fin de palabra, cláusulas y acento. El trabajo termina con un capítulo de conclusiones (6) y un apéndice de diecinueve tablas, todas ellas desdobladas en dos, una correspondiente a los siete primeros libros y otra a los siete últimos de los epigramas de Marcial. Necesariamente, en estas tablas, la información se limita al dístico elegíaco, por ser ésta la forma métrica con un número de versos por libro «lo suficientemente importante como para establecer unas estadísticas fiables» (p. 291).

Como todo trabajo de métrica que hoy día se precie, éste no se queda en un estéril recuento de largas y breves: Marina Sáez estudia la imbricación del ritmo con la lengua y, a través de esto, la posición de Marcial en la historia de los metros que utiliza y en la historia de los géneros en que dichos metros han aparecido para llegar a la conclusión de que, sin obviar los resultados a que había llegado la tradición hexamétrica y la del dístico elegíaco, Marcial sabe incorporar características específicas a dichos metros en tanto que metros epigramáticos y no elegíacos y en tanto que metros propios. En este sentido, Marcial recoge con destreza el relevo del dístico elegíaco tal como queda normalizado por Ovidio, pero, a su vez, en la cláusula del hexámetro y preferentemente en el segundo hemistiquio del dístico elegíaco, es partidario de una mayor libertad, que, en el caso del hexámetro, lo acerca al comportamiento de Virgilio y, en el caso del dístico globalmente considerado, a Catulo, en cierto modo, y, sobre todo, a los *Priapeos*, contribuyendo, por tanto, a la confección de un dístico del epigrama.

Así, pues, se trata de un trabajo donde la métrica se constituye en un instrumento riguroso y preciso de análisis lingüístico para de esta forma llegar a conclusiones relativas a la historia literaria y a los géneros. Esto por sí mismo justifica sobradamente este cuidadoso estudio en el que quizá se eche de menos un mayor perfilamiento de las conclusiones sobre la base de un estudio de otros aspectos lingüísticos como la tipología verbal y las clases de palabras. La autora, en cambio, ha preferido decantarse por una métrica verbal restringida a las fronteras de palabra y al acento, poniéndola en relación con los mismos parámetros en poetas integrantes de la tradición en la que se inscribe Marcial.

Precisamente por su propósito de estudiar la obra de Marcial dentro de la tradición literaria a la que pertenece, el trabajo aplica los mismos parámetros de análisis a Catulo, Tibulo, Propertius

cio, Ovidio y los *Priapeos*, por una parte, y entre los autores de hexámetros *κατὰ στίχον* a Lucrecio, Virgilio, Lucano y Estacio. Como puede suponerse, en las formas dactílicas, en la mayoría de estos casos, se ha operado con una selección de versos, que fluctúa entre los 350 dísticos tomados de Tibulo y los 2500 versos de la *Eneida* o los 3321 hexámetros de las *Silvas* de Estacio, esta vez consideradas en su totalidad; en otros casos, en cambio, ha habido que contentarse con los disponibles: 320 dísticos de Catulo y 95 de los *Priapeos*. Por lo que se refiere a los falecios y a los coliambos, como reconoce la autora, el *corpus* es necesariamente bastante limitado (p.26).

Así, pues, para cada uno de los parámetros analizados Marina Sáez pasa revista a todos los autores, ofreciendo los resultados en tablas donde se recogen los porcentajes de aparición de este o aquel fenómeno. Es digno de observación que en muchos aspectos los porcentajes suelen oscilar en todos los autores analizados en torno a las mismas cifras, lo que indica una determinada fijación de los metros dentro de ciertos márgenes, incluso en el nivel de la *composición*. Desde mi punto de vista, la constatación de determinadas estructuras verbales en todas las muestras tomadas y la demostración de que efectivamente eran asumidas por los poetas es uno de los aspectos más interesantes de este trabajo.

No cabe duda de que en ocasiones se constatan diferencias que permiten agrupar a los autores desde el punto de vista de la historia del metro o desde el del género pero, a mi modo de ver, en otras se fuerza un poco la interpretación o incluso se da una sólo de entre las posibles. En lo que respecta a esto último, me remito, por ejemplo a la p.72 donde, al analizar la frontera de palabra trocaica en el segundo pie del hexámetro, se agrupa a los autores de esta forma: Catulo (6.25%), Tibulo (12.25%) y Ovidio (12.46%), considerados más cuidadosos porque en ellos se detecta una menor presencia de una frontera de este tipo; Propercio (14.20%) y los *Priapeos* (12.63%) que «no muestran el mismo cuidado que estos autores», y por fin Lucrecio (15%), Virgilio (15.08%), Lucano (16.80%) o Estacio (16.04%) o el propio Marcial (15.75%). Es evidente que, por una parte, Tibulo y Ovidio están más cerca de los *Priapeos* que de Catulo y que, por otra, Propercio está más cerca de Lucrecio o de Virgilio que éstos de Lucano o Estacio.

En el caso de frontera de palabra trocaica en el cuarto pie (p.74) vuelve a ocurrir lo mismo. De nuevo parece claro que Propercio (3.70%) y, sobre todo, Estacio (4.57%) tienen que estar en el grupo de Lucano (4.20%), *Priapeos* (4.21%) y Virgilio (4.92%) antes que en el de Catulo (1.56%), Tibulo (1.70%) y Lucrecio (2.40%).

En cuanto a forzar un poco la interpretación de unos datos que no difieren prácticamente de unos autores a otros, véase, por ejemplo, la p. 211, donde quizá resulte excesivo establecer diferencias entre los poetas en relación con la heterodinia del final del verso, pues, excluidos los poetas anteriores a Virgilio, todos los demás oscilan entre un 99% y un 100% de homodinia en los dos últimos pies.

Las en ocasiones escasas diferencias entre unos autores y otros se unen al hecho de que en muchos casos se están analizando fenómenos muy raros, con escaso número de ejemplos. Esto haría más recomendable quedarse sólo en las coincidencias, en las que, por otro lado, el análisis de un mayor número de versos no haría probablemente sino insistir. No quiere esto decir que haya que obviar el análisis de estos datos; al contrario, pueden ser tan significativos como los que se dan con persistencia y, en este sentido, Marina Sáez es tan metódica como en el resto de los casos. En este orden de cosas es digno de atención el análisis de los escasos ejemplos de diéresis

polisilábicas en el hexámetro (pp. 102-107) y su relación con el estudio de los monosílabos ante cesura que se hace en el apartado siguiente (pp. 107 y ss.).

Es un hecho demostrado que la *composición* del hexámetro queda normalizada sobre la base de la pentemímeros. Esto implica la aversión por la diéresis en el segundo pie que, en caso de que se produzca, exige la presencia de un monosílabo. Sin embargo, debe quedar lo suficientemente ligado al segundo pie como para que éste no quede destacado. Para ello se recurre en este segundo pie al empleo de monosílabos, de pirriquios, de la elisión o de palabras que terminen por consonante cuando la que comienza el tercer pie comienza por vocal. A pesar de haber dejado esto claro, observo que cuando se analizan los casos de diéresis, excepto en el caso de las diéresis polisilábicas, sólo se atiende a los tipos verbales que la preceden, y no a los casos de elisión o de ligazón CV (pp. 99-100) y cuando se habla de los monosílabos sólo se atiende a la elisión y a la ligazón CV (pp. 112-113). Por otro lado, en este capítulo, se analiza el comportamiento de los autores en función del uso que hagan de uno u otro recurso, lo que no debería eximir de ver, si es que se trata de recursos funcionalmente equivalentes, cómo se comportan los autores en el uso de estos recursos unitariamente considerados, cosa que, si se hace, vuelve a demostrar, más que discrepancias una relativa uniformidad en la mayoría de los autores.

De todas formas estas observaciones de detalle no pretenden sino dejar entrever a través de ejemplos concretos el interés de los datos aportados por este trabajo y el esfuerzo de la autora por interpretarlos. Pretenden, además, insistir en la posibilidad – posibilidad de la que, por otro lado, es consciente la autora – de seguir utilizándolos e incluso ampliándolos, no sólo en orden a cumplir los objetivos métrico-literarios que la autora se había propuesto y que cubre sobradamente, sino a clarificar aspectos lingüísticos, sobre todo fonológicos, para los que la métrica sigue probablemente guardando mucha información. Pretenden, pues, resaltar no sólo las aportaciones del trabajo sino las potencialidades del mismo.

En la dilucidación de si el falecio latino terminó fijando uno o unos determinados límites de palabra, quizá también se echen de nuevo en falta los datos relativos a las clases de palabras de que hablábamos arriba. En concreto, al tratar de las distintas combinaciones de frontera de palabra, la autora consigna la relativa frecuencia de combinaciones de fin de palabra en 5ª sílaba y en 6ª, lo que determina lógicamente que la 6ª sílaba sea un monosílabo. Así «la cesura tras sexta quedaría oscurecida, dada la tendencia proclítica de muchas palabras de este tipo» (p. 231). Si esta suposición quedara confirmada con los datos referentes a las clases de palabras, sería legítimo afirmar que el falecio latino, tal como se presenta en Marcial y, sobre todo, en Estacio y los *Priapeos*, tiende a presentar frontera de palabra en 5ª sílaba y no en 6ª, como afirma la autora más adelante (pp. 231-232). En efecto, tomando en consideración el caso de Marcial, al 23.77% de los versos con cesura en 5ª sílaba habría que unir buena parte del 17.30% de versos con fin de palabra en 5ª y 6ª, lo que da un total 41.07% frente al 32.62% de versos con cesura en 6ª solamente. En el caso de Estacio y los *Priapeos* el contraste es todavía más claro. Curiosamente en Catulo este contraste no se da (18.53% versos con fin de palabra en 5ª sílaba, 19.47% en 5ª y en 6ª, lo que hace un total de 38%, frente a 34.26% en 6ª sólo). Esto, sin contar con las combinaciones de fin de palabra en 5ª y 7ª sílaba, que aumentarían todavía más el número de versos con fin de palabra en 5ª, frente al mucho más reducido de los que presentan este fenómeno en 6ª y 7ª,

que vuelve a dar un monosílabo y probablemente a potenciar una frontera de palabra en 7ª, a la que el falecio latino muestra cierta afición.

MARINA DEL CASTILLO

BONFANTE, GIULIANO – *The Origin of the Romance Languages: Stages in the Development of Latin*. Ed. Larissa Bonfante. Heidelberg: Universitätsverlag C. Winter, 1999. 154 pp.

En 1930 el joven filólogo Giuliano Bonfante escapó de la opresión del régimen fascista de Italia para terminar sus estudios lingüísticos en París. Acto seguido empezó a dar clases en el *Centro de Estudios Históricos* de Madrid, donde fundó en 1933, junto con don Ramón Menéndez Pidal, la revista EMERITA. Después de su intervención en la Guerra Civil española, Bonfante abandonó Europa y se marchó a los Estados Unidos donde daría clases en la Universidad de Princeton. Finalmente volvió a Italia en 1955 para dar clases en las Universidades de Génova y Turín, y actualmente reside en Roma.

El presente libro se remite a la década de los años 40, cuando Bonfante participaba en el *Linguistic Circle* de Nueva York (luego la *International Linguistic Association*), y fundaba con otros la revista de esa sociedad, *Word*. Participaba entonces en lecturas semanales de Dante, tertulias que contaban con André Weil, Denis de Rougemont, Albert Einstein y su íntimo amigo Américo Castro. Bonfante escribió el manuscrito del presente estudio en esos años en los que se reunía un gran número de europeos exiliados en el noreste de Estados Unidos, años que otorgaron un papel central a la lingüística en el mundo de posguerra. Bonfante nunca entregó el manuscrito a ninguna editorial debido a su “pereza”, dice, prefiriendo dedicarse a escritos más breves. Ahora su hija Larissa Bonfante, quien ha editado el presente libro con cuidado, precisión y también amor, le ha dado el ímpetu necesario para recoger el fruto de esa fecundísima época de la Filología Clásica.

Lo que puede sorprender al lector es el hecho de que una gramática histórico-comparativa de las lenguas románicas escrita en los años 40 tenga hoy día alguna vigencia. Sin embargo, las cuestiones que el autor emprende no se han zanjado aún, y no pocas merecen el reexamen que supone este estudio. Además, el autor domina los dialectos románicos menos conocidos, como señala Edward F. Tuttle en su introducción, y tiene la capacidad de introducir diestramente esos descubrimientos sobre las «anomalías dialectales y periféricas para poner en tela de juicio las generalizaciones extraídas insípidamente de los equilibrados y pulidos estandars nacionales (e.g., italiano, francés, español)».

En el primer capítulo («Las lenguas románicas como etapas en el desarrollo de la lengua latina») Bonfante contribuye a aclarar los elementos que vinculan el latín y las lenguas románicas, a través de un agudo análisis del desarrollo histórico del latín al romance que investiga los cambios fonológicos, morfológicos, sintácticos y fraseológicos. Bonfante se propone examinar de nuevo la “teoría cronológica” del eminente filólogo alemán Gustav Gröber en torno al origen de las lenguas románicas, a saber, que las diferencias entre dichas lenguas se debe al hecho de que las varias provincias se colonizaran en diferentes épocas. Según esta tesis, entonces, la lengua de Sicilia representaría el latín de Plauto, el español sería el latín de Ennio, el francés se

entendería como el latín de César y el rumano reflejaría el latín de Apuleyo. Bonfante pone al día esta teoría «esencialmente correcta», considerando además los acontecimientos históricos que afectaron la «pureza inicial» de estas lenguas e incorporando ciertos aspectos a la lingüística desde Gröber, por ejemplo, el sustrato y el superestrato.

Bonfante no deja de señalar que la tesis de Gröber sólo se puede entender como una tendencia y no como un hecho absoluto ya que ciertas fuerzas externas afectaron el desarrollo natural del latín. A pesar del largo contacto mantenido con Roma (en la forma de soldados, colonizadores, oficiales, libros, leyes, etc.), las «nuevas olas de cambios lingüísticos» en las provincias, que sí impactaron la estructura de ciertas lenguas, «siempre dejaron intacto un gran número de aspectos lingüísticos que sin duda se remiten a la temprana época colonial». Bonfante destaca la organización provincial como el primer paso en la romanización: «Los montañeses medio salvajes de la Cerdeña actual y de Cantabria no recibieron la lengua romana de Roma sino de los territorios ya latinizados alrededor de las ciudades y de la costa. Es, pues, el latín de los primeros colonos el que les llegó». Mediante ejemplos del sistema consonántico, vocálico, morfológico y sintáctico, y rematando con unas conclusiones y comentarios sobre las teorías de Densusianu y Bártoli, Bonfante comprueba la idea de Gröber de que «la formación de las lenguas románicas empezó con la instalación de los primeros colonos en las provincias conquistadas, con la llegada, en Cerdeña y España, de los primeros legionarios que plantaron sus banderas e hicieron que resonara la lengua de Roma».

En el segundo capítulo («Italia como foco de innovaciones en las provincias romanas occidentales: Iberia, Galia, Retia, Cerdeña») se propone comprobar el hecho de que Italia divulgara las innovaciones lingüísticas a lo largo del mundo romano, antes y después de la separación de Dacia. Bonfante compara las innovaciones lingüísticas en Italia con las fuerzas conservacionistas que preservan el latín en ciertas provincias con menos comunicación con Roma. El autor parte de la idea de que los que hablan lenguas coloniales, es decir, las lenguas y dialectos de las personas que dejan la madre patria para ir a regiones remotas, suelen conservar su lengua antigua mejor que sus compatriotas que se quedan en casa. Da tres ejemplos bien conocidos de este fenómeno: la lengua de los sefardíes que fueron expulsados de España y que se instalaron en Turquía a finales del XVI; la lengua de los franceses que colonizaron Canadá en el XVII; e Islandia, una antigua colonia noruega. Siguiendo este paradigma, el italiano se desvela como la lengua románica más joven, más desarrollada y más “progresista”, siendo el español y el sardo las más arcaicas y conservadoras.

Bonfante analiza las diferentes lenguas como organismos en plena expansión que llevan en su interior el origen de su futuro desarrollo. Considera que una lengua es un complejo de usos en boga y fuerzas latentes que no cesan de transformarla y modificarla. En el caso de las provincias, la nueva lengua colonial parece dejar de crecer, manifestando transformaciones más lentas y menos radicales que las acaecidas en la madre patria: «Nuevos y extraños fenómenos, completamente imprevisibles, aparecen al lado de arcaísmos y fósiles sorprendentes, mientras el río tranquilo y majestuoso de la lengua materna sigue su curso, trazado por el Destino». El autor comprueba estas ideas por medio de documentados ejemplos del sistema consonántico, vocálico, morfológico, sintáctico y léxico, rematando con unas conclusiones y comentarios sobre las teorías de Bártoli, Jud, Muller, Wartburg, Meillet, Meyer-Lübke y Devoto.

Mediante el estudio de los cambios sufridos por el latín, documentados en la literatura y diversas inscripciones a lo largo de las distintas regiones periféricas, Bonfante nos descubre cómo la «teoría cronológica» de Gröber aún puede resolver muchas dificultades, algunas de las cuales el mismo Gröber ignoró. El presente libro es una gran síntesis y análisis de las ideas en torno a la cuestión palpitante de la lingüística románica: ¿cuándo nacieron las lenguas románicas? Bien puede ser que la resurrección de este manuscrito, que presenta las lenguas románicas como «etapas» en el desarrollo del latín, rescite a su vez el acalorado debate que tenía lugar en el momento en el que Bonfante escribía sobre la cuestión.

VINCENT MARTIN

III. LITERATURA, FILOSOFÍA Y RELIGIÓN

RODRÍGUEZ ADRADOS, FRANCISCO – *Democracia y Literatura en la Atenas Clásica*, (Alianza Universidad), Madrid, 1997, 263 pp.

Desde la publicación en 1966 de su *Ilustración y Política en la Grecia Clásica*, el Prof. Adrados no ha dejado de reflexionar sobre ese fenómeno único en la historia de la Antigüedad que es la democracia griega y más específicamente la democracia ateniense. A dilucidar ese “milagro griego” ha consagrado Adrados numerosos estudios en los que se ha cuestionado el ambiente cultural y social que hizo posible el surgimiento de las primeras formas democráticas europeas. En 1997 volvía sobre el tema con su *Historia de la democracia de Solón a nuestros días* (Alianza Universidad, Madrid, 1997), donde hacía historia y reflexionaba sobre la suerte de los regímenes democráticos hasta la actualidad. Y con este libro vuelve a plantearse Adrados la cuestión examinando ampliamente las relaciones entre Democracia y Literatura, entendida ésta en un sentido amplio que incluye también el Teatro, la Filosofía, la Historiografía, etc..

El libro está estructurado en dos partes. En la 1ª parte (con cinco capítulos dedicados a “La democracia ateniense y los géneros literarios”, “Literatura, sociedad y opciones políticas”, “Literatura y teoría política”, “Literatura y educación: el teatro”, “Literatura y educación: la filosofía y la oratoria”) estudia Adrados las relaciones entre la Literatura y la organización social, mostrando cómo muchos de los géneros (el teatro, la filosofía, la historia) contribuyeron de forma decidida a la construcción intelectual del sistema político. Y también cómo, cuando éste último fracasó, algunos de esos géneros, la historia, la oratoria y la filosofía, sobre todo, buscaron dar una explicación del fracaso y avanzar propuestas reformistas más o menos radicales. En la 2ª parte ejemplifica Adrados, por medio de algunos aspectos muy concretos, la amplia construcción teórica de la 1ª parte.

Esta descripción del contenido no da cumplida cuenta de la amplitud del libro, rico en propuestas exegéticas y en sugerencias hermenéuticas. Casi todas las cuestiones son expuestas con un estado de la cuestión donde se recoge la bibliografía pertinente de forma que el lector pueda hacerse una idea de la complejidad de las mismas. En otros casos, como en el capítulo

dedicado a Tragedia y Comedia, se sobrepasa el marco griego para investigar la esencia de lo "trágico" a lo largo de la Literatura Occidental, en una breve y sugerente monografía.

Tras el prólogo traza Adrados en el capítulo I un amplio panorama de los géneros literarios desde el fin de la tiranía hasta comienzos del siglo IV. La tesis que convincentemente defiende es que los géneros literarios que ven la luz con la democracia abren un espacio nuevo para el debate ideológico. Así en la tragedia, a la que Esquilo da un nuevo sesgo, convirtiéndola decididamente en un teatro político donde se reflexiona sobre las ventajas de la libertad sobre la tiranía, las consecuencias de la conquista injusta y la gloria de la defensa del propio país, los límites del poder enfrentado a normas religiosas tradicionales, si bien estos debates no son nunca encarnados de forma maniquea por personajes "buenos" y "malos". Todos son héroes y todos tienen sus luces y sus sombras. De otra forma no habría lugar para el debate y la confrontación de ideas y acciones. Esquilo, cuya obra ocupa el puesto central en este libro, teoriza en su tragedia, en opinión de Adrados, "la democracia religiosa", encontrando así una cierta salida al conflicto trágico, insoluble, por lo que sabemos, en Sófocles y muy moralizado ya en Eurípides. Como debate se conforma también ahora la filosofía, que deja de ser la revelación de una sabiduría más o menos inspirada, para convertirse en una búsqueda de nuevos principios y verdades racionalmente fundadas, como ocurre en Sócrates y Platón o para poner en tela de juicio, mediante el análisis radicalmente escéptico y relativista, las doctrinas y normas tradicionales. Por eso la filosofía encontrará nuevas formas de expresión literaria, más adecuadas al debate, en el diálogo platónico o en los discursos epidícticos de los sofistas. Y la oratoria, instrumento indispensable para la toma de decisiones en el sistema ateniense, en la asamblea o en los tribunales, fue un elemento educativo de primer orden para la participación del ciudadano en la vida pública. E igualmente la Historia se insinúa como un género de análisis capaz de comparar la experiencia griega con la de otros pueblos o de buscar alguna forma de racionalidad en el acontecer humano.

La desaparición de la democracia comportará necesariamente la desaparición de los géneros "democráticos" (la tragedia, la comedia política, el diálogo filosófico) o su transformación en otros nuevos, con nuevas formas y propósitos (la comedia nueva, el tratado filosófico). Este panorama se completa con la descripción de aquellos otros géneros que surgen a comienzos del siglo IV para interesar al ciudadano en la política. Tal es, en opinión de Adrados, el sentido de algunos tratados de Jenofonte, que proponen reformas igualitarias o de obras como la del utopista Faleas (de Calcedón?) o de historiadores como Teopompo. Próxima a este tipo de historia está la novela utópica helenística, la de Evémero y Jambulo. Por su lado, la filosofía, tanto la de Aristóteles, con su pragmatismo político de articular una constitución ecléctica, como la de estoicos, epicúreos o cínicos, trata de dar respuesta a las necesidades del individuo, y no ya de la polis. La época helinística, con el alejamiento del ciudadano de la política, verá surgir nuevas formas literarias: las cartas, las máximas, el tratado, el diálogo, la diatriba, etc..

Es difícil no estar de acuerdo con un panorama tan general, en el que se aúnan el análisis formal con la sociología literaria, la interpretación genérica con la historia política.

El capítulo II está dedicado en exclusiva a tratar de esbozar una sociología de la literatura griega, estudiando el origen social de los autores o el deseo de estabilidad de la democracia más

que de progreso. Ello explicaría, en opinión de Adrados, la relativa homogeneidad de la literatura griega, en la que faltan propuestas radicales de izquierdas o de derechas.

El capítulo III está dedicado a estudiar “Literatura y teoría política”. En este apartado Adrados muestra de modo convincente cómo casi toda la producción literaria de la época tiene un elemento de teorización política, teorización que se modula, según las épocas y los autores, de forma diferente. En unos casos se trata de la investigación de las causas de los acontecimientos, en otros, del examen y descripción de las diferentes formas de las constituciones o regímenes políticos. Hay autores que defienden determinadas concepciones de la democracia (la democracia moderada e ilustrada de Pericles en Tucídides; la vieja constitución de Solón en Isócrates, por ejemplo). Otros escritores critican, a su manera, determinados aspectos de la democracia ateniense (Aristófanes o Sófocles, por ejemplo). Todo ello aparece muy fundamentado en sucesivos apartados dedicados a la tragedia, la comedia, el mito, en general, la narración exótica (Heródoto). Los temas de esta teorización son también comunes: las diferentes constituciones, el origen del estado y su legitimidad (divina, por ejemplo, en Esquilo; humana en Protágoras); la crítica abierta a la democracia por parte de aristócratas como Trasímaco o el Calicles platónico; las tensiones entre autonomía y hegemonía presentes siempre en el imperio ateniense; la moralización de la vida política; la estabilidad y decadencia de los estados; la descripción de la vida política; la explicación de su estabilidad (ejemplificada en Jenofonte y Platón en la historia de Esparta); la vuelta a la constitución de los mayores (en Isócrates y Demóstenes); las propuestas utópicas de reformistas ingenuos como Faleas o totalitarias como las de Platón; la cuestión del estado originario o primigenio de la humanidad. Como se ve un amplísimo abanico de cuestiones, muchas de ellas aún no resueltas, cada una de las cuales exige un tratamiento pormenorizado. No deja de ser mérito del autor haberlas integrado a todas, bien que someramente, en este capítulo que enriquece el panorama general a que aludíamos.

El capítulo IV (Literatura y Educación: el teatro) es especialmente atractivo y sugerente. Lleva razón Adrados al considerar al teatro como un elemento fundamental de la educación popular. Porque, a diferencia de otras manifestaciones sociales, como las grandes fiestas, el simposio o la precaria escuela, el teatro es para todo el pueblo no para un grupo social, por lo general aristocrático, en una ocasión determinada. El teatro era organizado por y para el pueblo. Y en el teatro el pueblo recibía lecciones de esa virtud política cardinal que traducimos como “moderación y prudencia”, es decir *σωφροσύνη*. Adrados insiste, con certero análisis, en la ambivalencia de lo trágico, que, por un lado, enaltece la conducta del héroe y, por otro, lo llora. De esa tensión brota esa apelación a la moderación y a la prudencia presente en todos los trágicos, incluso en Esquilo donde el conflicto trágico parece encontrar una cierta superación en lo que el autor llama la “trilogía ligada”. En todo caso frente a la difícil conciliación del conflicto trágico o la irreflexiva e insolidaria conducta del héroe cómico, no faltaron quienes buscaron la formulación de códigos de conducta basados en doctrinas racionales: Sócrates y los sofistas, ante todo. Con ello se daba el golpe de gracia a la tragedia. Muy interesante resulta la sugerencia de Adrados de interpretar el *Banquete* platónico como un duelo entre la Filosofía, encarnada por Sócrates, y la Poesía (dramática), simbolizada por los discursos de Agatón y Aristófanes, un duelo por el “alma de Atenas”. Esas otras propuestas racionales, nacidas ya de condiciones políticas diferentes, encontrarán formulaciones distintas en la filosofía y la oratoria, a las cuales se dedica

el capítulo V. Son muy instructivas las reflexiones que el autor destina en este capítulo a la filosofía y a la oratoria, en general y a la sofística, Sócrates y Platón en particular. Lleva razón Adrados al situar a la Sofística en las antípodas del pensamiento trágico. El antropocentrismo y relativismo de un sofista como Protágoras, el examen sistemático de si las instituciones humanas son φησει ο νόμος, la crítica sistemática de todo lo que Dodds llamó “el conglomerado heredado”, las doctrina sobre el origen de la cultura y la civilización humanas, su incipiente etnografía que conllevaba la comparación y relativización de la organización de los diferentes grupos humanos, su creencia en el progreso, la negación de las doctrinas filosóficas sobre el Ser (y, en consecuencia, de los dioses), la concepción de la divinidad como hipóstasis de lo que es útil para el hombre en Pródico y en el Pseudo-Critias, el penetrante estudio de la naturaleza y funcionamiento del lenguaje humano tal como lo encontramos en Gorgias, en Protágoras, en Hippias, etc.. todo ello creó un nuevo clima intelectual que hizo pensar, por un momento, que era posible una reforma radical de la convivencia basada en convenciones nuevas. Ciertamente es que el relativismo moral implícito en sus doctrinas entrañaba el peligro de doctrinas totalitarias y ello fue una de las razones, no la única, desde luego, de que dichas doctrinas encontraran una fuerte resistencia tanto en el pueblo como en otros intelectuales como Sócrates y Platón, gran parte de cuya obra está dedicada a refutar sus doctrinas. Aún así la Sofística supuso quizás una de las más brillantes manifestaciones de la Ilustración griega. A ella dedica Adrados, en la segunda parte, un capítulo con el título de “Cara y Cruz de los sofistas”. Y junto a la Sofística analiza Adrados el titánico esfuerzo de Sócrates para arrancar a los hombres de su trágico destino, fundando una ingenua ética intelectualista, que arranca del principio de que el mal es fruto de la ignorancia: “nadie yerra volutariamente”. Basta pues definir clara y racionalmente los principios morales para que el mal desaparezca. No era tan ingenuo Sócrates, como parece desprenderse de estas palabras. También él conocía la condición humana y, por ello, no deja de tomar sus distancias respecto a la democracia radical, sugiriendo que ésta debe ser un oficio en manos de los mejores, un arte práctico y teórico basado en el principio de ἀρετή, el viejo concepto de excelencia ahora ya racionalmente moralizado. La filosofía de Sócrates sí es antitrágica, mucho más que lo era la de los sofistas. Al tratar de Platón Adrados señala muy certeramente que el criterio para enjuiciar la obra de Platón es político. Se basa sobre todo en las confesiones de las cartas VII y VIII que tiene por auténticas. Y explica su *República* y suponemos que *Las Leyes* como un intento de reforma radical del hombre, cuando las otras propuestas, la socrática, la de los oradores, habían ya fracasado. En el capítulo de la II parte dedicado a la *República* de Platón el autor se muestra de acuerdo con Popper al reconocer en Platón un enemigo de la sociedad abierta. Es cierto que en su obra se encuentran valores cooperativos, fraternales, humanitarios, en un intento de eliminar el fondo agonal o competitivo. Pero esto no es exclusivo de Platón, sino de cualquier Utopía. Platón lo que pretende es detener la historia, instaurar un sistema tan perfectamente totalitario, jerarquizado y controlado que en él todo cambio sea imposible. Y ello se expone como propuesta racional en la *República* o en los nostálgicos mitos de la Atlántida y la Atenas de hace 9.000 años del *Timeo* y de *Critias*. Lo que nos resulta antipático en él no es sólo, con ser mucho, que el sistema platónico “priva a los hombres de los valores de la acción...aislándolos del sufrimiento” (p.88). Lo peor de la propuesta platónica es, en nuestra opinión, que priva a los hombres de la libertad, controlando sus vidas e instaurando para la mayoría un sistema educativo basado en la “noble mentira”, el γενναῖον ψεῦδος.

Como dijimos la II parte del libro recoge una serie de estudios que profundizan algunos de los aspectos de este panorama tan bien trazado en la I parte del libro. De ellos destacan aquellos dedicados al teatro: a Esquilo, a Sófocles y a la comedia.

En los trabajos dedicados a Esquilo (capítulo I: “Esquilo entre los orígenes del drama y la democracia ateniense”, capítulo II: “El significado de la *Oresteia* dentro de la literatura griega”; capítulo IV: “La mánica en los coros del *Agamenón* de Esquilo”) Adrados, partiendo de sus conocidas ideas sobre el origen festivo y ritual del teatro, muestra convincentemente que Esquilo se encuentra en el punto de inflexión de un desarrollo que lleva de una tragedia lírica, donde el protagonista era el coro, apenas interrumpido por breves diálogos entre un actor y el corifeo, a una tragedia donde dos actores se enfrentan y dialogan, si bien faltan aún los auténticos debates o agones donde los adversarios exponen y defienden sus respectivos puntos de vista. El drama, sin dejar de ser aún colectivo, pone también el acento en el individuo. Agamenón es un salvador, pero también es un personaje cargado de culpa. Hay un plano social y un plano individual. Esta coexistencia de planos contrapuestos se expresa a través de la repetición de motivos, como los que aparecen en la larga párodos del *Agamenón*, donde el coro moviéndose a través de acontecimientos ocurridos en el pasado barrunta las desventuras del futuro. Y efectivamente en el capítulo dedicado a la mánica de los coros del *Agamenón* el autor muestra cómo Esquilo sabe incorporar a la tragedia un léxico y unos temas oraculares que contribuyen, mediante la insistencia y la combinación con otros elementos semejantes (presentimientos, sueños, profecías) a crear un clima creciente de terror y angustia, por decirlo en la terminología de Romilly. Quizás debiera haber insistido algo más el autor en lo que ha dado en llamarse el principio de anomalía: a saber, el hecho de que los rituales dramatizados no son rituales reales. No lo son evidentemente los cantos/súplica de las Erinis en *Euménides* (938 ss) a pesar de estar tan caracterizados lingüísticamente como una suerte de ἐπιφθῆ. Pero, sin necesidad de abandonar el *Agamenón*, vemos que una función, esencial según algunos autores, de los elementos rituales en la tragedia consiste en una suerte de perversión o subversión de las normas. El ejemplo clásico es *Agamenón* 151, donde Calcante describe el sacrificio de Ifigenia como θυσίαν ἕτεραν, ἄνομόν τιν', ἄδαιτον, es decir, un sacrificio sin precedentes legales, sin participación en el banquete sacrificial. Las *Troyanas* de Eurípides, por señalar otro ejemplo, es una obra llena de distorsiones del ritual. Véase a este respecto y sólo a título de ejemplo W. Burkert «Opferritual bei Sophokles. Pragmatik-Symbolik-Theater» *AU* 282, 1985, pp. 5-20 o H. Foley, *Ritual Irony*, Ithaca/Londres, 1985.

Creo que Adrados lleva razón al destacar el aspecto político del teatro de Esquilo. Es cierto que en el trasfondo de la *Oresteia* destacan las ideas de persuasión, de concordia, de la violencia de la gracia divina y la doctrina del aprendizaje por el dolor. Y no parece excesivo calificar a Esquilo de “fundador de la democracia religiosa”. Y patriarcal, añadiríamos nosotros, que interpretamos en ese sentido “las extrañas ideas” sobre la generación que defiende Atena en el juicio de Orestes. Es verdad que la rudimentaria teodicea de Esquilo tiende hacia una suerte de panteísmo encarnado en Zeus que se constituye en el garante de la Dike o justicia cósmica. Véase el fg. 70 N. donde Zeus es el éter, la tierra, el cielo, todo. Ahora bien, no toda la teología esquilea se agota en Zeus. A éste se subordinan las viejas divinidades ctónicas o demónicas, las Erinis en primer lugar. Pero no es menos cierto que su especulación tiende también a magnificar a otros dioses, especialmente los dioses panhelénicos: Ártemis (con una intervención oscura pero

indudable en el conflicto de justicias que canta la párodos de *Agamenón*), Atena, Apolo. Y, en cuanto al matricidio, no puede ignorarse la justificación que el crimen recibe de parte de Apolo. Cuando Orestes en *Las Coéforos* duda ante la monstruosidad de su crimen, Pilades en sólo tres versos, vence sus dudas. No deja de ser relevante que Esquilo se sirva de un actor durante toda la obra para que diga sólo tres versos (*Coéforos* 899 ss.): y ello es así porque Pilades es el portavoz de Apolo, la voz del dios.

Finalmente no hubiera estado quizás de más indicar que no todos los intérpretes están de acuerdo con el panorama trazado en el libro. Por ejemplo los filólogos de Oxford, con Lloyd-Jones («Zeus in Aeschylus» *JHS* 76, 1956, pp. 57-67) a la cabeza, han tendido a pensar que Esquilo es un gran poeta pero no demasiado competente en materia religiosa. Por último, me atrevería también a señalar las coincidencias entre algunas concepciones de Esquilo y Heráclito, como ya demostrara G. Burkhard («Aeschyl. u. Herak.» *A.f.G.Ph.* 44, 1962, pp. 205-39).

En el capítulo dedicado a “Religión y política en la *Antígona* de Sófocles” Adrados hace una completa historia de la exégesis de la obra, declarándose partidario de la línea de interpretación que Hegel inaugurara. Pero va más allá, al recoger las tesis de V. Ehremberg y B. Knox que ven en Creonte el tipo de político racional empeñado en desarrollar sistemáticamente el poder o una suerte de símbolo de la Atenas de Pericles y que desprecia o ignora la piedad debida a la religión tradicional, especialmente el culto a los héroes tan importantes en las tragedias sofocleas.

Con “Edipo hijo de la fortuna” el autor señala el elemento de azar tan decisivo en la vida humana. Con ello culmina la larga e interesante reflexión sobre la naturaleza de lo “trágico” y lo “cómico” que desarrolla en el capítulo “Tragedia y comedia”. En su largo recorrido por el teatro europeo Adrados señala la contradicción interna que define la categoría de trágico: paradójicamente la tragedia es antitrágica por cuanto ensalza al héroe, pero recomienda la prudencia, paradoja y contradicción que brota de la misma naturaleza humana. Dedicando Adrados menos atención a la comedia, como ya hemos señalado más arriba. La razón de ello es que, en opinión del autor, lo que diferencia al héroe trágico del cómico radica en que en el momento de obrar, de hacer una elección decisiva, la elección del héroe cómico «provoca sólo risa. Porque es inocua» (p. 157). No hace justicia, en nuestra opinión, a la fuerza liberadora de “lo cómico” tal como lo pensara, por ejemplo, Bergson. Pero es que el propio Adrados parece reconocer la trascendencia de lo cómico cuando afirma «la comedia, en su sentido más antiguo, estricto, el aristofánico, es dolor disimulado». Ese “dolor disimulado” es el que anima la nostalgia de una obra utópica como las *Aves* de Aristófanes, muy bien analizada en el capítulo “Las *Aves* de Aristófanes y la Utopía”. El libro se cierra con sendos capítulos dedicados a Tucídides y Platón (capítulo IX: “Tucídides y el pragmatismo político” y capítulo X “La *República* de Platón”), a los que ya hemos aludido.

Algunas de las reservas o matizaciones que me he permitido señalar son de sobra conocidas por el profesor Adrados que ha sacrificado, como dijimos, muchos detalles para ofrecer al gran público un panorama orgánico y esclarecedor de las relaciones entre Literatura y Democracia. La lectura del libro, siempre brillante y sugerente, resulta también muy provechosa para el especialista que encontrará en él no sólo nuevos planteamientos sino también el entusiasmo, en el sentido platónico, con que Adrados lo ha concebido.

Para terminar digamos que la edición ha sido minuciosamente cuidada y apenas encontramos errores como esa extraña muerte de Orestes de la página 148 que puede despistar a quien no conozca bien el mito.

ANTONIO MELERO

SERGI, EMILIA – *Patrimonio e scambi commerciali: metafore e teatro in Plauto*, Messina, Edizioni Dr. Antonino Sfameni, 1997. VI + 164 pp.

En una primera aproximación a esta obra, el título *Patrimonio e scambi commerciali ...*, podría resultar muy equívoco, porque es justamente al aspecto enunciado en la segunda parte del mismo, *metafore e teatro in Plauto*, al que dedicará su atención Emilia Sergi. Conviene advertir esto a posibles lectores y lectoras, y sobre todo señalarles que no se trata en las páginas de este libro, como podría suponerse, de una lectura de las comedias de Plauto como fuente de información sobre el mundo económico de su época, sobre la producción de bienes, su posesión, su intercambio ... Sabido es que datos y consideraciones relacionados con estos contenidos se encuentran a cada paso en todas y cada una de las comedias plautinas, pudiendo servir de base – siempre dentro de la gran problemática que plantea el comediógrafo como fuente documental, debido a la doble naturaleza griega y romana de su producción – para un estudio de índole económica, bien sea relativa a su situación en Roma en general, bien sea a la visión específicamente plautina de la misma. Sin embargo, dentro de la cada vez más amplia bibliografía sobre Plauto, ya existían importantes y bastante recientes trabajos de este tipo: para recordar algunos, quizá los principales, Plauto es fuente fundamental, junto con otras, del estupendo libro de L. Nadjó, *L'argent et les affaires à Rome des origines au I^{er} siècle avant J.-C. Étude d'un vocabulaire technique*, Lovaina-París, 1989; como objeto exclusivo de consideración las comedias de Plauto son estudiadas desde un aspecto semejante en M. Crampon, *Salve lucrum, ou L'expression de la richesse et de la pauvreté chez Plaute*, Besançon, 1985; bastante anterior, y dedicado a la obra de los dos grandes de la *palliata*, es la tesis doctoral de P. Brind' Amour, *La Richesse et la Pauvreté chez Plaute et Térence*, Estrasburgo, 1968.

¿En qué reside, pues, la novedad del libro que comentamos? Sin lugar a dudas en el original – e interesante – planteamiento del tema. Parte Sergi de la incuestionable premisa de que la *res*, el dinero, la riqueza, y cuando rodea a su adquisición, incremento, conservación o pérdida es un elemento fundamental en el argumento de la totalidad de las comedias de Plauto. El dinero mueve el desarrollo de la trama, el comportamiento de los personajes, la caracterización de las diversas “máscaras”, dando lugar no sólo a una presencia constante del asunto “dinero”, sino, lo que es más interesante, a una sorprendente, variadísima y magistral utilización metafórica por parte de Plauto, en la que reside sin duda una de las grandes originalidades de su comicidad. Tal es el aspecto del que se ocupa Sergi; para decirlo en palabras suyas, «Per questo, la nostra ricerca, di carattere soprattutto linguistico, ha specificamente rivolto la sua attenzione proprio al vario intersecarsi dei vasti campi metaforici nell'ambito dei quali, attraverso un sistema di immagini complesso ma anche coerentemente strutturato, Plauto realizza la rappresentazione caricaturale di un mondo ove la *res* viene a configurarsi come valore assoluto» (pp. 13 s.).

La investigación realizada por Sergi se articula en siete capítulos: en el primero de ellos («Patrimonio e commedia: la *res* e le sue metafore in Plauto», pp. 5-15) se ofrecen unas consideraciones generales sobre el significado del patrimonio en las comedias plautinas, y sobre el sistema que va a seguir la autora para su consideración. En los seis siguientes, los empleos metafóricos de *res* y los elementos con ella relacionados se agrupan por semejanza temática: «La sfera metaforica dell'alimentazione» (pp. 17-31), «Uomini e *res*: metaforica di un "bestiario" economico» (pp. 33-56), «Uomini e *res*: identificazione e inversione dei ruoli» (pp. 57-86), «Amore e Denaro» (pp. 87-103), «Amore e Morte, Morte e Denaro» (pp. 105-124), «Maschere e *res*: l'*adulescens* amator» (pp. 125-142). En cada uno de los capítulos se analizan fragmentos del texto cómico para situar de forma adecuada los términos o metáforas tomadas en consideración, o los personajes que son objeto de examen. A pesar de la variedad del material analizado, la autora intenta una estructuración en la presentación del mismo, cosa que no siempre consigue, como ocurre con tanta frecuencia cuando se realizan estudios de naturaleza a caballo entre lo literario y lo lingüístico. Por lo demás, la lectura se sigue con interés, siempre a condición de que se posea un conocimiento adecuado de las veintiuna comedias de Plauto.

El conjunto se cierra con unas conclusiones, cuyo título indica con precisión su contenido y finalidad: «Considerazioni conclusive: per la definizione di un realismo "altro", a proposito del teatro plautino» (pp. 143-149). Creo que merece la pena reproducir el párrafo final, en el que Emilia Sergi resume su visión general de la comicidad plautina: «A dispetto della taccia di incoerenza, desultorietà, ripetitività, dura a morire, persino da parte degli estimatori, nei confronti addirittura di ogni singola commedia, noi crediamo che in non molti altri casi la produzione complessiva di un autore possa meritare la definizione di "macrotesto", così come potrebbe il *corpus* delle ventuno commedie di Plauto. E il messaggio forte, che sentiamo arrivare da ogni sua più piccola parte, ci sembra palmare: "l'essenza del teatro comico -del 'teatro' tout court?- è l'inverosimiglianza; l'essenza di questo teatro è smascherare l'essenza del teatro..."» (p. 149).

Tenemos, en suma, una nueva y muy interesante aportación para el conocimiento de un aspecto muy importante del teatro de Plauto, que ofrece con frecuencia valiosas ayudas a la exégesis y comprensión de pasajes de todas sus comedias.

ANDRÉS POCIÑA

FRANGOULIDIS, STAVROS A. – *Handlung und Nebenhandlung. Theater, Metatheater und Gattungsbewußtsein in der römischen Komödie*, Stuttgart, M & P Verlag, 1997. X + 191 pp.

Uno de los problemas más llamativos que se le plantean al crítico de esta obra es el misterio de su título, largo y en alemán, cuando la realidad es que, exceptuando las notas editoriales de las dos primeras hojas y el resumen del contenido que aparece en la contraportada, la obra está escrita en su totalidad en inglés, desde la dedicatoria hasta el mismísimo índice. No le encuentro explicación lógica alguna. La única que podría esgrimirse, esto es, el hecho de que esté publicado en una colección llamada *Drama. Beiträge zum antiken Drama und seiner Rezeption*, no me parece válida en absoluto. Hay que subrayar, por lo tanto, para quienes pueda interesar la lectura de este libro, que está escrito en lengua inglesa, sin más excepción que las lógicas citas en latín

de pasajes de las comedias de Plauto y de Terencio. Personalmente, nunca había visto un desajuste semejante, lo cual me sorprende especialmente en una obra que luego resulta bien construida y bien argumentada, e interesante dentro de sus limitaciones.

El contenido se articula en un capítulo introductorio, «The Poetics of Performance» (pp. 1-20), y tres centrales, dedicados respectivamente a las comedias *Mostellaria* de Plauto (pp. 21-75), *Phormio* de Terencio (pp. 77-132), y *Mercator* de Plauto (pp. 133-143). En forma de Apéndice se añade un capítulo sólo marginalmente relacionado con los anteriores, «New Comedy in Apuleius' Tale of *Cupid & Psyche*» (pp. 145-177).

La línea conductora de la éxegesis de Frangoulidis estriba en la consideración de la existencia en las comedias latinas, tanto de Plauto como de Terencio, de un constante recurso al metateatro como sistema normal de construcción dramática, de modo que en ellas podemos focalizar nuestro análisis en la separación de un argumento principal (*play's plot* o *main plot*), que consideraríamos como el argumento del autor, y uno o más sub-argumentos (*subplots*), de dos tipos distintos, reales o inventados (*factual or fictive subplots*), que en la ficción dramática son atribuibles a un personaje, casi siempre el esclavo pero no exclusivamente, que viene a convertirse en algo así como un nuevo poeta dentro de la obra, manteniendo hasta sus últimas consecuencias la ficción metateatral, *a play within a play*. En las páginas de introducción, Frangoulidis teoriza sobre el funcionamiento dramático de estos *subplots*, especialmente significativos en comedias como *Mercator*, *Captiui* y *Mostellaria* de Plauto, *Andria*, *Eunuchus* y *Phormio* de Terencio; para su estudio acuña el término, inusual en la crítica, *counter-theatricalization*, que utiliza «in order to describe the interruption of the dramatic illusion within the play» (p. 4). El análisis detallado del funcionamiento de argumentos principales y sub-argumentos en la *Mostellaria* de Plauto y en el *Phormio* de Terencio ocuparan la parte más interesante del libro. Menos desarrollado, y además mucho menos convincente, resulta el capítulo tercero, que se centra en el curioso sueño, tan debatido por la crítica, de Demifón en *Mercator* 225-251; el propio título, «Dream and Theatre: Dionysiac Versus Apollonian Elements in Plautus, *Mercator*», ya nos indica que el autor se introduce en un tipo de crítica que, queriendo mantenerse en los cauces de la anterior, se mueve sin embargo por otros derroteros, al plantearse en su desenlace el carácter dionisiaco del sueño de Demifón, cosa que no deja de causar sorpresa.

El posible influjo, sobre todo de naturaleza argumental, de la Comedia Nueva en el cuento de Cupido y Psique que se encuentra en el libro VI del *Asno de oro* de Apuleyo nos lleva a un tipo distinto, más habitual, de acercamiento a la obra literaria; sin tratar el tema de una forma exhaustiva, que podría ofrecer más luz sobre el problema planteado (por ejemplo, partiendo de un estudio general y detallado sobre el conocimiento del teatro por Apuleyo y su significación en la construcción de su novela), la comparación del famoso cuento con los temas de la Nóa ofrece conclusiones muy interesantes, que conviene tomar en cuenta.

En resumen, un libro interesante, sobre todo en la parte dedicada a la aproximación a la *Mostellaria* de Plauto y al *Phormio* de Terencio, que se sigue con interés, *en lengua inglesa*.

KATSOURIS, A. G. – *Menander Bibliography*. Salónica, University Studio Press, 1995, XIV+159 pp.

Nos encontramos aquí con un libro de referencia verdaderamente útil y que todo estudioso de Menandro debe conocer y consultar. Su principal fuente es *L'Année Philologique*, cuyas referencias bibliográficas recoge de modo ordenado hasta el tomo LXIII, esto es, hasta el año 1992. Además, añade una serie de referencias más para el período 1993-95, tomadas de otras fuentes. También incluye las reseñas. Las citas bibliográficas están organizadas en 90 epígrafes del tipo «Commentaries», «Menander and Plautus», «Characters and Characterization», etc. Aparte de su organización interna, quizá lo más apreciable de esta bibliografía radica en sus dos exhaustivos índices, el de autores modernos (pp. 102-118) y el de materias (pp. 119-159).

Todas las referencias están numeradas de modo continuo desde 1 a 2600. En realidad, el número real es algo inferior. Por un lado, hay que sumar 29 referencias más que se añaden en un *addendum* de última hora. Pero, de otro lado, hay que descontar 90 ítems que numeran los distintos epígrafes de la bibliografía. Con todo y con esto, la cifra resultante sigue siendo algo inferior a la real ya que hay un cierto número de referencias del tipo **2097(1)**. Por último, también es posible detectar alguna entrada en el *addendum* que ya estaba en la bibliografía principal (e.g. **274(1) = 245(2)**).

Las principales deficiencias de esta bibliografía son de tipo formal. En mi opinión en general son achacables a un procesamiento informático muy deficiente. Aparte de que la composición en su conjunto y en los detalles es muy mala, es posible encontrar por ejemplo errores en el manejo de las fuentes: **1830**: «Locative singular in- ^A`E» (debe decir «... in -ε»); **950**: «°;ÛÏ: Die Erscheinung ...» (debe decir «Φάσμα. Die Erscheinung ...»), etc. En los índices a menudo hay errores en la ordenación numérica de las referencias (e.g. s.u. Sikyonioi: **2218 2097 2339**; s.u. Samia: **2174 2097 2186**, etc. Las subentradas están ordenadas siempre de modo alfabético, nunca numérico, lo que es la causa de que una referencia a *Aspis* 235 aparezca 15 líneas antes que una ref. a *Aspis* 45-48, etc. Hay largas series de números consecutivos que podrían abreviarse fácilmente con guiones (e.g. s.u. Katsouris, Lanowski, fragments, etc.). En el índice de autores algunos apellidos van acompañados de la inicial y otros no (especialmente los reseñantes, según las normas de *L'Année Philologique*). La decisión de Katsouris de incluir los reseñantes en el índice (a diferencia de lo que hace *Aph*) es de agradecer, pero debería haber ido acompañada de la firme decisión de rescatar sus iniciales para unificar criterios y para evitar duplicidades y confusiones, como sucede por ejemplo en la siguiente serie: Schmid, K.Fr.T.W. - Schmid W. - Schmidt - Schmidt - Schmidt, Fr.W. - Schmidt, K. - Schmidt, K.F.W. - Schmidt, L. Es fácil adivinar que varios de ellos (erratas aparte) son el mismo autor, al igual que Lanowski, G. y Lanowski, J. o Manteuffel, G. y Manteuffel, J. Cuando hay homónimos es imposible saber a quien corresponden las referencias sin inicial ni hay garantía alguna de que aquellas que corresponden a reseñas que están agrupadas bajo un nombre con inicial pertenezcan realmente a ese autor. «W.M. von» imaginamos que es el mismo que «Wilamowitz-Moellendorf, U. von», etc.

Señalo algunas erratas especialmente molestas: **689** y **689(1)**: Giagrande; **2509**: Badenas de la Pena; **200**: Menadnreae; **1704**: Athène; **1766**: Hilologica; p.119: adolescence; p.129: enctrance.

El nombre del estudioso francés Flacelière aparece de tres formas distintas (además de la correcta): Flacelière (240, 810, 1257), Flacelière (307), Flaceliere (1238, 2296, 2367(2)), etc. Por otra parte, en el griego el acento agudo aparece siempre como grave (e.g. 2503, 2516), excepto ocasionalmente cuando el texto va en tipo cursivo, lo que causa bastante mala impresión.

En resumen, como conclusión creo que no está de más decir que la informática, en estos tiempos en que cada vez más se nos obliga a convertirnos en tipógrafos y editores, no debe ser la causa de que los libros vean incrementadas sus deficiencias formales y sus erratas. La informática bien empleada debería ser más bien una garantía de lo contrario. Los filólogos clásicos que se resisten a entender que los ordenadores y los programas requieren un aprendizaje no deberían arriesgarse a hacer autoedición ni a publicar sus bases de datos sin asesorarse adecuadamente. Por otra parte, dejando de lado las cuestiones informáticas, mi experiencia en la confección de bibliografías me ha enseñado que este tipo de trabajos precisan siempre de un concienzudo trabajo de unificación de criterios y de comprobación de nombres para evitar errores, erratas, duplicidades e inconsecuencias.

JUAN R. SOMOLINOS

CASADIO, G. – *Vie gnostiche all'immortalità*, Col. "Letteratura cristiana antica" 4. Brescia, ed. Morcelliana, 1997. 109 pp.

Esta breve pero densa publicación recoge dos artículos aparecidos con anterioridad¹. En la nueva edición no se han hecho modificaciones sustanciales a los puntos de vista y conclusiones de los originales; se han corregido algunos errores de poca importancia y se ha ampliado considerablemente el corpus de referencias a la literatura secundaria y, en parte, a la primaria, especialmente en el segundo capítulo, que había sido publicado en un estilo más divulgativo. El título general elegido y los de los dos capítulos del libro pueden parecer algo artificiales y pensados para poder acoger en una única obra dos publicaciones nacidas con ocasiones y con objetivos diferentes; pero, en realidad, responden también a una coherencia interna de los contenidos: el gnosticismo "cristiano" como ejemplo clásico de una *coincidentia oppositorum* ascética, que pretende alcanzar una salvación mística como fusión e identificación con la divinidad.

El capítulo primero («La via della contemplazione trasgressiva. Gli gnostici e la tradizione orfica») sigue el programa trazado por los historiadores del Gnosticismo tras el descubrimiento de los manuscritos de Nag Hammadi; dicho programa, formulado por M. Krause en 1977, consistía en ordenar y aclarar las diversas escuelas o sectas gnósticas conocidas por los escritos de los Padres de la Iglesia (especialmente Justino, Ireneo e Hipólito). El autor se ciñe al grupo, o mejor constelación de grupos, conocido por "Sethianos" y "Barbelognósticos", partiendo de la noticia de Hipólito (*Haer.* V 19-21), completada con otros testimonios patrísticos y confrontada

¹ «Antropologia gnostica e antropologia orfica nella notizia di Ippolito sui Sethiani», *Atti della VI settimana di Studi* (Roma 1987), pp. 1295-1350; «Gnostische Wege zur Unsterblichkeit», en E. Hornung y T. Schabert, edd., *Auferstehung und Unsterblichkeit*, Munich, 1993, pp. 203-254.

con los propios textos de Nag Hammadi. En esta biblioteca se encontraron, en efecto, numerosos escritos de origen gnóstico; de ellos, el autor cree poder identificar, al menos, 16 como pertenecientes a la familia sethiana: *Apócrifo de Juan*, *Hipóstasis de los Archontes*, *Origen del mundo*, *Evangelio de los egipcios*, etc. (pp. 26 ss).

Algunos de los primeros historiadores del gnosticismo (A. Dietrich, R. Wünsch) creyeron que los sethianos eran adoradores de un dios con cabeza de asno llamado Seth (como el hijo de Adán) asimilado luego al dios egipcio de igual nombre y parecidas características; pero esta tesis se reveló falsa y varios críticos (K. Rudolph y sus seguidores) llegaron incluso a negar la existencia de una comunidad sethiana con un sistema doctrinal propio: los PP. de la Iglesia habrían incurrido en el error de pensar que las sectas gnósticas encontraban su cohesión en un corpus de doctrinas plasmadas en sus escritos (F. Wisse); éstos serían, por el contrario, una especie de mosaico compuesto de fragmentos heterogéneos, a la manera de un coleccionista. Un análisis detallado del texto de Hipólito muestra lo contrario. Lo que se desprende de él es, en síntesis, que los sethianos defendían la doctrina de los “tres principios” (luz, espíritu y tinieblas), el mecanismo de la creación (las ideas no son sino producto de los hurtos recíprocos de las potencias emanadas de los principios) y el proceso de la salvación (descenso de un *logos* al mundo inferior). Esto es también lo que confirman los principales escritos sethianos de Nag Hammadi, pese a sus divergencias. Pero en éstos aparece además una influencia órfica, como ya señala el mismo Hipólito (*Haer.* V, 20, 4-10): de unos “cantos báquicos” atribuidos a Orfeo, pero obra, en realidad, de un tal Nicias de Elea, de los que se habrían conservado una docena de hexámetros en las *Saturnalia* de Macrobio; igualmente del culto del primitivo santuario de Flia, influenciado también por el orfismo: la temática mítico-ritual de aquéllos coincide en lo esencial con el mito sethiano de la dialéctica entre mundo de la luz y de las tinieblas, representado antropológicamente por la matriz femenina, aunque ambos mundos religiosos (protoórfico y sethiano) estén separados por seis siglos y haya cambiado el modo de interpretar lo femenino, el cuerpo y la sexualidad, en una progresiva demonización como expresión máxima de la corrupción “hylica”.

El segundo capítulo («La via della trasgressione in *ipo* e in *iper*. Gli nostici e la tradizione giudaico-cristiana»), más breve, recoge la especulación sobre el destino escatológico del hombre y varios intentos de explicar lo que le sucede después de la muerte. Las respuestas que considera el autor son las del Antiguo Testamento, la de Filón de Alejandría, la de los “logia” de Jesús y los testimonios de S. Pablo y de S. Juan y la de algunos gnósticos cristianos: el samaritano Menandro, el efesino Cerinto y las sectas o grupos de Barbelo y Seth (sethianos). Las interpretaciones judeo-cristianas son más conocidas por numerosos escritos exegéticos. Cerinto, por el contrario, puede ser considerado ya un gnóstico, aunque *sui generis*: después de la muerte y la resurrección, el reino de Cristo será terrestre, los hombres volverán a vivir en la ciudad de Jerusalén, su cuerpo estará de nuevo sujeto a los apetitos y los placeres. Para Menandro, el bautismo ha inaugurado ya una nueva vida y no hay que esperar una resurrección del cuerpo tras la muerte; los bautizados la han vencido ya y son dueños de la vida eterna, estado que no consiste, como para otros gnósticos, en liberar al alma de las ataduras del cuerpo. Para los barbeliotas y sethianos finalmente, puesto que existe una perfecta consustancialidad entre Dios y el gnóstico, la inmortalidad divina es alcanzada ya en la tierra, mediante una especie de

alquimia espiritual consistente en “castigar” la carne, en el sentido de transgredir sus leyes y límites llevando sus posibilidades al extremo, especialmente en el terreno de la sexualidad: como para todos los gnósticos, conocimiento y salvación van unidos, pero aquí se trata de un “conocimiento” en sentido bíblico.

Pese a que el contenido de ambos capítulos no está igualmente perfilado y documentado, la presente obra es, en conjunto, interesante y rigurosa; aporta algunos sugerentes puntos de vista comparativos, con referencias al eventual trasfondo histórico-genético de las diversas corrientes ideológicas que analiza.

ANDRÉS BARCALA

CAVARZERE, ALBERTO – *Sul limitare. Il “motto” e la poesia di Orazio*, Bologna, Pàtron editore, 1996, 299 pp.

Este interesante libro constituye una actualización sobre un recurso intertextual, el del *motto*. El concepto, difundido por la influencia de la obra de G. Pasquali, ha quedado, sin embargo, prácticamente limitado al ámbito de la crítica horaciana, a diferencia de lo que ha ocurrido con la idea, igualmente procedente de Pasquali, hoy totalmente común en los estudios sobre literatura grecolatina, de *arte alusivo*. Precisamente en el famoso artículo sobre el arte alusivo (*Arte allusiva, Pagine stravaganti*, 2, 1968, p. 277) resumía Pasquali su idea del *motto* en estos términos: «Una ventina di anni or sono, in un libro che avevo quasi del tutto dimenticato, ma che di questi giorni, no so come, mi si va riavvicinando, io dimostravo tra l'altro che Orazio nelle *Odi*, dove già il metro deve evocare il mondo dei lirici lesbii, premette spesso, quasi motto, un verso di Alceo o talvolta di altri poeti arcaici, seguitando poi per conto proprio a esprimere in forma antica pensieri e sentimenti moderni».

La primera parte del trabajo de Cavarzere está dedicada al origen del término y a su definición. La idea se encontraba ya en trabajos de Norden y Reitzenstein. El término corresponde a la comparación con los epígrafes poéticos que aparecen como encabezamiento de los textos literarios y en esta misma comparación basa el autor su concepción del recurso. El intencionado juego de palabras del título (*limitar / imitar*) se ve así refrendado por la definición analógica a partir del concepto de *paratextualidad* de G. Genette. Dos de las características del paratexto serían también propias del *motto*, la de comentar el texto y la de establecer un contrato genérico.

La segunda parte del libro está dedicada a los ejemplos del recurso en la literatura anterior a Horacio. Dado que el fenómeno de la alusividad se asocia al paso de una cultura oral a la de otra basada en la escritura, el primer capítulo de esta sección, que versa sobre el mundo griego arcaico y clásico, gira en torno al problema de si es posible el procedimiento del *motto* en una cultura aún no predominantemente basada en la escritura, cuestión que el autor aborda desde la oposición, procedente de C. Segre, entre interdiscursividad e intertextualidad. El capítulo II de esta segunda parte se refiere al mundo helenístico (Apolonio de Rodas, Teócrito y Calímaco), de donde Horacio ha heredado el procedimiento, que aparece en esta época plenamente establecido. Se utiliza el *motto* en este caso como sello de un contrato genérico con la tradición de los poetas arcaicos. El capítulo III está dedicado al mundo latino: Ennio, Catulo, Virgilio.

Con la tercera parte aborda Cavarzere finalmente la obra de Horacio, con lo que el análisis se vuelve mucho más minucioso. Esta sección del libro está dedicada a las sátiras y los epodos. ¿Es posible el *motto* en un género como la sátira caracterizado en principio por el estilo *llano*? En el *Iter Brundisinum* la alusividad remite a la *Odisea*, pero la relación intertextual queda limitada al poema y no tiene carácter programático. El capítulo II está dedicado al examen de la polémica en torno a la relación entre el epodo XVI y la égloga IV de Virgilio.

Las partes cuarta y quinta están dedicadas a las odas. El libro I contrasta, como hace ver el autor, con el resto de las odas con respecto a la frecuencia del *motto*; la presencia de ecos de Alceo en *incipit* se hace menor y los modelos genéricos se diversifican, sin reducirse ya a un solo *modelo-género* (según la terminología de Barchiesi y Conte).

En las conclusiones el autor muestra el carácter multifuncional del *motto*. No siempre el modelo es griego; la relación no se limita siempre al ámbito microtextual; no faltan los casos en que el *motto* va unido a la contaminación con otras fuentes. La incidencia del metro es evidente, pero tampoco es rara la transmetrificación. El comienzo de las obras literarias tiene una función modélica, al reunir las señales que sitúan la obra dentro de la tradición y subrayan su novedad dentro de ésta; al ser un lugar particularmente citable y asumir casi el papel de un título, es lógica la preferencia por este tipo de pasajes como fuentes. Pero el *motto* no siempre procede del *incipit* de las obras aludidas. Finalmente muestra Cavarzere las consecuencias del concepto para la poética de Horacio y el carácter paradójico de su regreso a los modelos tradicionales. La novedad de Horacio consiste precisamente en ir más allá de Calímaco, pero dicha imitación se produce naturalmente a través de los propios alejandrinos. Viene así el autor a matizar la posición de Pasquali en su *Orazio lirico*. El carácter paradójico de la relación de Horacio en sus modelos corresponde al carácter igualmente paradójico del procedimiento, que a la vez implica la semejanza y la diferencia.

El libro resulta valioso tanto para los interesados en la teoría de la intertextualidad como para el estudio de Horacio. Podrán, sin duda, discutirse los detalles concretos de las relaciones identificadas. Por ejemplo, ¿resulta razonable pensar en Teognis a propósito del poema 29 de Catulo? Dicha referencia no me parece demasiado oportuna. Y, por otra parte, ¿hubiera sido advertida una relación semejante, de existir, por parte del lector? Inevitablemente el problema de la intertextualidad nos remite a la diferencia entre un plano de la escritura, en el que los textos imitados son sólo fuentes, y un plano de la recepción. Hubiera sido tal vez deseable haber centrado el concepto del *motto* dentro de una teoría más amplia sobre la intertextualidad. La referencia analógica al concepto de paratextualidad resulta atractiva; ciertamente el epígrafe juega también con las semejanzas y las diferencias. Pero cabría objetar que al fin y al cabo la paratextualidad es una forma de intertextualidad explícita mientras que el *motto* supone una relación implícita. Al referirse a la paratextualidad como término de comparación del *motto* se produce en cierto modo un deslizamiento del sentido; se fuerza el carácter formalista del concepto genettiano. Por otra parte, esta forma sugerente de definir un procedimiento basado en la sugerencia no carece de atractivo, precisamente porque la definición no agota las implicaciones teóricas del fenómeno. Como señala el autor, el *motto* puede actuar como término espía de una relación alusiva, al tiempo que puede servir de señal genérica. Podríamos compararlo con la utilización ocasional en la poesía moderna de la convención de que el primer verso actúe de título, con su deliberada

explotación de resonancias tradicionales. Dichos comienzos evocan entonces las convenciones comunicativas del género, adquiriendo un carácter, por así decirlo, casi musical, fenómeno lógico en una poesía que ha superado su *radical de expresión* original, pero que mantiene por convención los procedimientos ligados a él. Por otra parte, tales comienzos actualizan, a nuestro entender, una serie de convenciones interpretativas, propias de la lírica, que regulan, por ejemplo, la relación entre la situación discursiva primaria y el nivel comunicativo autor-lector.

En definitiva, estamos ante un libro de indudable utilidad por la visión general que nos ofrece sobre este tipo de relación intertextual y, sobre todo, por el estudio minucioso de diversos pasajes de la poesía horaciana.

MARCOS RUIZ SÁNCHEZ

IV. HISTORIA Y SOCIEDAD

HESKEL, J. – *The North Aegean Wars, 371-360 B.C.*, *Historia Einzelschriften* 102, Stuttgart, Franz Steiner Verlag Stuttgart, 1997. 186 pp. + 2 mapas.

El libro que nos ocupa nace de una idea que fue germinando durante la Tesis Doctoral de la autora – que versaba sobre la política exterior de Filipo II hasta la Paz de Filócrates, en 346 – y que ahora alcanza su concreción definitiva, esto es, que sin la lucha de poder que tuvo como escenario el norte del Egeo durante la década del 360 no es posible una total comprensión de los futuros planteamientos y trayectoria político-militar del monarca macedonio desde su ascensión al trono. Realmente este área geográfica no ha captado en exceso la atención de los especialistas, que, al igual que los planes de estudio y manuales de Historia de Grecia, prefieren dirigir su mirada a los acontecimientos que tienen lugar en Grecia central y el Peloponeso, marcados por el decenio de efímera hegemonía militar tebana, ganada en los campos de Leuctra en 371 y cercenada en la batalla de Mantinea en 362. Será precisamente a partir de este momento cuando Macedonia entre decisivamente en juego en el tablero geopolítico griego para convertirse en poco tiempo en el nuevo e incontestado *hegemón* del mismo. Sin embargo, para la A. este desenlace tal vez no hubiera tenido lugar si Atenas no hubiese fracasado en el intento de recobrar su control sobre el norte del Egeo, perdido durante la guerra del Peloponeso; de hecho el éxito de Filipo en esta misma empresa significaría el primer peldaño en la construcción de su imperio.

Estrechamente acotados los límites espaciales y temporales desde el mismo título, la obra se organiza – de una manera muy cartesiana – en dos partes, cada una de las cuales se consagra a un teatro bélico diferente (Anfipolis la una, el Quersoneso tracio la otra), pero que comparten tanto el arco cronológico, la década del 370 al 360, como el mismo esquema de dos capítulos, siendo el primero un exhaustivo análisis cronológico y el segundo una exposición e interpretación de los hechos a partir de las conclusiones extraídas del primero. Así, por ejemplo, una datación lo más precisa posible de la maraña de expediciones militares atenienses a Anfipolis dirigidas por estrategos como Timoteo o Ificrates y de las embajadas y acuerdos diplomáticos alcanzados

con los poderes locales o con los reyes argeadas Ptolomeo y Perdicas prepara la sucesiva inserción de todos estos movimientos, bélicos o diplomáticos, en un tejido narrativo que explique sus consecuencias políticas para las partes interesadas. Las bases del estudio están constituidas por las fuentes literarias disponibles, bien que parciales y con frecuencia tendenciosas, como son los oradores áticos Demóstenes, Esquines y Apolodoro, y las fuentes epigráficas proporcionadas por la región, no menos problemáticas y que dejan un amplio margen a la conjetura.

De lo arriba expuesto se colige que el aspecto cronológico tiene un gran peso específico en el conjunto del libro, ya que la búsqueda de una ordenada y coherente secuencia cronológica de los hechos se hace esencial para calibrar debidamente la significación de los mismos, todavía más si tenemos en cuenta que, de los dos únicos relatos continuados sobre el período en cuestión, Jenofonte y Diodoro, el primero apenas muestra interés en sus *Helénicas* por un área periférica y marginal como el norte de Grecia, mientras que el segundo no tiene entre sus puntos fuertes el rigor en la cronología. A tal efecto resulta de gran ayuda el apéndice final del libro, un detallado cuadro cronológico que condensa los datos aportados por el estudio y los relaciona con otros hechos acaecidos en áreas adyacentes o de interés para los poderes implicados (Atenas, Esparta, Tebas, Macedonia, Susa, etc.).

Si bien es cierto por su estructura y finalidad la lectura de la obra puede resultar árida, pensamos que cumple su objetivo de establecer una sólida base cronológica sobre la que puedan moverse con seguridad trabajos venideros, que, dentro de más amplios presupuestos temáticos, se acercan a este área y a este período de la historia de Grecia.

CÉSAR FORNIS

V. VARIA

VILLAR, F. - D'ENCARNAÇÃO, J. (edd.) – *La Hispania Prerromana. Actas del VI Coloquio sobre Lenguas y Culturas Prerromanas de la Península Ibérica* (Coimbra, 13-15 de octubre de 1994), Ediciones Universidad de Salamanca - Universidade de Coimbra, 1996, 405 pp.

El presente volumen recoge las ponencias y comunicaciones presentadas al *VI Coloquio sobre Lenguas y Culturas Prerromanas de la Península Ibérica*, celebrado en Coimbra del 13 al 15 de octubre de 1994. Suman un total de diecisiete trabajos pertenecientes a todos los ámbitos de la paleohispanística, desde la lingüística y la historia a la toponomástica, la epigrafía y la arqueología, a cargo de destacados especialistas.

La arqueología está representada por los trabajos de Alarcão y Arruda sobre la Edad del Hierro en el sur de Portugal (pp. 19-36 y 37-50 respectivamente). De las numerosas cuestiones que la paleohispanística tiene planteadas, el origen de las escrituras hispánicas sigue siendo objeto de gran atención. Su actualización y la búsqueda de nuevas vías de investigación quedan patentes en las aportaciones de J. A. Correa («La epigrafía del Sudoeste: Estado de la cuestión»,

pp. 65-76) y de J. de Hoz («El Origen de las escrituras paleohispánicas quince años después», pp. 171-206). El primero, informa de los nuevos hallazgos en la epigrafía indígena del Sudoeste, especialmente en la zona del Algarve y el Baixo Alentejo, así como de los problemas que plantea el sistema gráfico utilizado en esta epigrafía. Javier de Hoz, por su parte, estudia el signario de Espanca, de gran importancia para la historia de los alfabetos paleohispánicos, y cuya dificultad y orden anómalo le llevan a plantear una serie de cuestiones metodológicas en relación a la adaptación de los sistemas de escritura de una lengua a otra.

En el campo de la epigrafía celtibérica destacan las aportaciones de F. Beltrán, a propósito de la lectura de un término que aparece en la cara B del Bronce de Botorrita («*Useisu aiankum tauro* no era *bintis*. Una nota de lectura sobre la cara B de Botorrita 1º», pp. 51-64) y de L. Pérez Vilatela («Inscripciones celtibéricas inéditas de Peñalba», pp. 247-278), si bien algunas de las propuestas etimológicas de este último nos parecen un tanto aventuradas.

A la epigrafía ibérica están dedicados el trabajo de Guitart, Pera, Mayer y Velaza sobre una inscripción ibérica encontrada en Guissona (Lleida) (pp. 163-170). J. Velaza nos da cuenta de los hallazgos de inscripciones ibéricas en Levante, Cataluña, Aragón y Navarra de 1989 a 1994 (pp. 311-338) y L. Silgo plantea una serie de cuestiones relativas a las formas flexivas en ibérico (pp. 301-310).

La historia antigua está representada por los trabajos de J. Gómez Pantoja («Gentilidad y Origen», pp. 77-100) que aborda el problema del fenómeno gentilicio hispano, los llamados “genitivos de plural” y concluye que su repetición en lugares distintos lleva a pensar que en origen pudieron tener un ámbito de difusión geográfica concreto y localizado, que luego fue modificado por diferentes razones. Asimismo, J. Cardim Ribeiro plantea el problema de la localización de la *insula Poetanion* en su estudio de la *Ora marítima* de Avieno, que cree encontrar en la actual isla *Alpeidão*, en la desembocadura del Tajo (pp. 279-296).

Por su parte, Gorrochategui y Lakarra («Nuevas aportaciones a la reconstrucción del Protovasco», pp. 101-145) nos ofrecen un intento de avance en la prehistoria de la lengua vasca mediante la reconstrucción interna y la tipología en lo que constituye, por otra parte, un homenaje al profesor Michelena. A. Guerra plantea un problema de toponimia y de geografía histórica a propósito de los nombres diferentes que el río Lima recibe en las fuentes históricas (pp. 147-161).

El trabajo de Oroz (pp. 207-215) se centra en el análisis de palabras prerromanas en escritores latinos, concretamente en el libro XXXIII de la *Historia Naturalis* de Plinio y pretende mostrar cómo cualquier intento de interpretación tiene que partir de un examen detenido de los manuscritos y de las propuestas de lectura de las nuevas ediciones. I. Panosa (pp. 217-246) plantea el problema de la romanización de la península ibérica a través de la epigrafía y de sus fases de transición que se reflejan en el bilingüismo.

Finalmente, Villar (pp. 339-378) replantea algunas cuestiones fundamentales de la fonética y morfología celtibéricas que desde los primeros análisis por obra de J. Caro y A. Tovar, habían sido aceptadas sin posteriores revisiones. De ellas, las principales eran la falta de significación en la alternativa gráfica para las silbantes M y Σ y para o/u. Villar en un trabajo anterior había resuelto el problema de las silbantes, llegando a la conclusión de que la /s/ indoeuropea en determinados contextos se conservaba intacta, mientras que en otros evolucionaba a /z/. Igualmente, mostró que toda /o/ indoeuropea evolucionaba a /u/ como en el resto del celta. Partiendo

de estos supuestos, hace un nuevo planteamiento de la fonética y morfología celtibéricas que suponen un gran avance en nuestro conocimiento de dicha lengua y sus relaciones dialectales.

El balance final del Coloquio corre a cargo de J. Untermann quien tras un breve recorrido por los años transcurridos desde el primer Coloquio hasta el actual, hace un llamamiento a la internacionalidad del Coloquio que debe integrarse en el estudio general de las culturas antiguas de Europa y de las lenguas prerromanas mediterráneas.

ROSA PEDRERO

AA.VV. – *Rudiae. Ricerche sul mondo classico (3)*, Lecce, Congedo Editore, 1991, 184 pp. + 11 ilustraciones.

El presente volumen constituye la tercera entrega de la serie que con este título publica el Departamento de Filología Clásica y Medieval de la Universidad de Lecce y que en esta ocasión ofrece en sus páginas un amplio muestrario de trabajos que van desde la papirología hasta la arqueología, desde la crítica literaria hasta la crítica textual y la didáctica del griego.

La parte correspondiente a la literatura griega y latina está conformada por un total de doce estudios que se abren con el informe de M. Capasso y F. de Salvia sobre la misión papirológica y arqueológica que la Universidad de Lecce llevó a cabo en El Faiyûm (Egipto) durante el mes de marzo de 1990 que se recoge en «Faiyûm 1990: prospettive di ricerca papirologica ed archeologica» (pp. 9-14) y donde se indican las acciones y los resultados obtenidos a propósito de los estudios realizados sobre los hallazgos de excavaciones anteriores. M. Capasso es quien, de nuevo, estudia la presencia de Filodemo en Epicarmo a través de dos referencias contenidas en sendos papiros de Herculano con el objeto de demostrar cómo es factible reconstruir el confrontamiento epicúreo entre filosofía y poesía a partir de las citas de poetas contenidas en papiros y, asimismo, calibrar la propia fortuna de los poetas citados, en el trabajo «Epicarmo nei papiri ercolanesi» (pp. 17-24). Un trabajo más de M. Capasso, esta vez sobre «Problemi di conservazione, restauro e svolgimento di papiri carbonizzati» (pp. 27-29), se adentra en el terreno de la papirología para explicar los resultados de la aplicación de nuevos métodos de conservación y cuidado de papiros con el fin de provocarles el menor daño posible por su uso y examen. También este mismo autor aborda, ahora desde un punto de vista netamente filológico, el estudio de algunos términos controvertidos que pueden leerse en el papiro *Hibeh* 110 II 61-64, cuyo texto contiene el registro de un no identificado oficio postal del Egipto tolemaico, en «Considerazioni bibliologiche a proposito di *PHibeh* 110 II 61-64» (pp.33-36) y, más adelante, en «Ancora su ὀμφαλός / *umbilicus*», diserta sobre la naturaleza del *umbilicus* a partir de la representación de un fresco pompeyano, de un grabado de Antonio Piaggio y del papiro latino de Herculano 1624.

Maria Antonietta Cervellera, en su trabajo «Seneca: la vita come metafora» (pp. 45-54), se propone indagar en cuál era la idea real que Séneca tenía de la muerte, habida cuenta de lo oscilante de su pensamiento en este ámbito que iba de considerarla como el fin de todas las cosas a verla como un mero tránsito. Por su lado, Marinella Corsano, en «Il sogno di Eufemo e la fondazione di Cirene nelle *Argonautiche* di Apollonio Rodio» (pp. 57-72), pone en relación el pasaje de las *Argonáuticas* de Apolonio en que se narra el sueño que tiene Eufemo a propósito de la

fundación de la ciudad de Cirene (IV 1731-1764) con similares pasajes relativos también a ese suceso de Píndaro, Heródoto y Calímaco. Asimismo, Mariacarla de Giorgi ofrece como testimonios para la reconstrucción de la notación musical griega dos papiros de Eurípides que contienen sendos pasajes notados de *Ifigenia en Aulide* y *Orestes*, en su trabajo «Due frammenti notati di Euripide (*P.Leid.* inv. 510, *P.Vind.G.* 2315)» (pp. 75-85).

Rosanna Guido estudia la presencia del libro II de la *República* de Platón en la obra de Juliano el Apóstata *Contra el cínico Heraclio* apoyándose en el interés que para éste despertaba la filosofía y en las múltiples ocasiones que menciona el nombre del griego, en su estudio «Μύθους πλάττειν, un'eco platonica in Jul. Or. 7?» (pp. 89-104). En el terreno de la crítica textual se inserta el trabajo de Dora Liuzzi «Maniliana II (Esegesi si alcuni passi controversi del l. II degli *Astronomica*)» (pp. 107-122), quien propone, a partir de la *editio altera* de Housman, algunas correcciones, tanto de puntuación como de cambio de lecturas, a los versos 284-286, 570-578, 592-600, 619-622, 683-686, 773-775, 905-909, 935-937 y 944-945 del libro II de los *Astronomica* de Manilio. Por su lado, Lucia Mancini, en «Recenti studi sulla psicologia di Cicerone» (pp. 125-129), repasa la bibliografía última que, en vez de tocar los habituales aspectos literarios, filosóficos o políticos relativos al arpinate, se centran en descubrir las claves psicológicas que pueden explicar el comportamiento de Cicerón ante los múltiples acontecimientos acaecidos a lo largo de su vida y de los que sus obras parecen ser claro reflejo. El último trabajo de este bloque de literatura lo constituye el estudio de Rosanna Sardiello, «Il Giuliano imperatore di Lorenzo de' Medici alla luce degli scritti dell'Apóstata» (pp. 133-140), que analiza cuáles pudieron ser las fuentes utilizadas por Lorenzo el Magnífico para la composición de su *Sacra rappresentazione dei Santi Giovanni e Paolo*, concluyendo que tuvieron más peso los propios escritos del Apóstata, conocidos por Lorenzo gracias a su amistad con el humanista Poliziano, que la *Leyenda áurea* de Jacobo de la Vorágine o el *Gallicanus* de Hroswitha.

El segundo bloque está constuido por varios trabajos que abordan la situación de la didáctica del griego en la enseñanza secundaria italiana y cuenta con las colaboraciones de P. Giannini, Rita Calderini, M. Gigante y A. Masaracchia. Finalmente, sirviendo de colofón a esta abigarrada entrega de estudios sobre el mundo antiguo, se ofrece una reseña bibliográfica del libro *Seneca e la cultura*, editado por A. Setaioli, a cargo de Maria Antonietta Cervellera.

JUAN LUIS ARCAZ POZO

Aspects of Latin. Papers from the Seventh International Colloquium on Latin Linguistics. Jerusalem 1993, edited by Hannah Rosén, Innsbruck, Innsbrucker Beiträge zur Sprachwissenschaft, 1996, 735 pp.

Esta obra miscelánea reúne una selección de las comunicaciones presentadas al «Seventh International Colloquium on Latin Linguistics», celebrado en la Universidad de Jerusalen entre el 19 y el 23 de abril de 1993.

La introducción, a cargo de Hannah Rosén, organizadora del coloquio y editora de los resultados, ofrece, entre otras cosas, una visión general de las cinco mesas redondas que complementaron la lectura de cerca de 90 comunicaciones, así como de aquellos campos que, si bien se abordaron en las sesiones científicas, han quedado fuera de la publicación como sucede con la retórica o la hermenéutica de textos.

El núcleo de la obra comprende un total de 55 trabajos clasificados en nueve apartados correspondientes a diferentes aspectos de la lingüística latina: 1. dentro de “áreas del latín” (pp. 19-71) se engloban temas tan variados como la coexistencia de varias lenguas en toda la región de Italia Central en época arcaica, así como la rareza, en estos primeros siglos (VII-VII) de inscripciones en lengua latina (A. Bartonek), la importante influencia que el griego ejerce sobre el latín vulgar, que, a su vez, será el encargado de transmitirla a las lenguas romances (E. Cose-riu), el impacto de la lengua latina en Palestina (J. Geiger) o el reflejo de las estructuras del latín clásico en el latín de época carolingia (H. Rosén); 2. el apartado de “fonología y escritura” (pp. 75-115) reúne tres trabajos sobre monoptongación en latín arcaico (E. Nieto), la cantidad de *-u* en los neutros de la 4ª declinación (P.M. Suárez) y las desviaciones lingüísticas detectadas en un documento mercantil (C. Seidl); 3. bajo el epígrafe “estructura de la palabra” (pp. 119-206) encontramos: un trabajo en torno a los compuestos latinos con derivación cero en latín, es decir con la ausencia de algún rasgo formal o semántico (L. Nadjo), la base indoeuropea del patrimonio léxico latino (H. B. Rosén), explicación de *pignus* a partir de la teoría glotática (C. de Lamberterie), estudio sobre el papel de los preverbios en el cambio de lengua (J. Untermann), los verbos en *-sco* y la función semántica de los prefijos (G. Haverling), condiciones sintácticas para la formación de los nombres de agente en latín (E. Torrego) y evaluación de la teoría de Benveniste sobre los nombres de acción (M. Fruyt); 4. dentro de “categorías gramaticales” (pp. 209-330) se engloban trabajos dedicados a las interjecciones (F. Biville), el adjetivo (C. Kircher-Durand y C. Arias), la relación entre caso y preposición (P. de Carvalho), los giros preposicionales (J. de la Villa), y diferentes cuestiones relativas a la categoría verbal (B. García-Hernández, J.-L. Moralejo, G. Smith, L. Sznajder y M. Kooreman); 5. el apartado dedicado a “estructura de la oración simple” (pp. 333-400) ha unificado también trabajos de muy diversa índole desde cómo analizar una frase con verbo en tercera persona de singular (C. Touratier), un análisis de la aposición (F. Heberlein) o la interpretación restrictiva o partitiva de algunos adjetivos latinos (M. I. Romero), al análisis multifuncional del orden de palabras para una explicación más rigurosa de los datos lingüísticos (C. Cabrillana) y la integración de nombres indeclinables en el sistema gramatical latino (J. Herman); 6. de los temas referentes a la “estructura de la oración compuesta” (pp. 403-496) se aborda aquí un examen de las cláusulas condicionales en las *Doce Tablas* (R. Coleman), o la polarización en algunas oraciones completivas latinas (A. M. Orlandini), el acusativo sujeto de infinitivo como un caso «default» (G. Calboli), el infinitivo como estructura de control (M. Maraldi), la subordinación y los modos verbales en el latín de los papiros de Egipto (P. Molinelli), el empleo del ablativo absoluto en latín tardío (A. Moreno) y la concurrencia entre «rallonge» y «parataxe» en Tácito (D. Longrée); 7. bajo el epígrafe “cohesión del texto” (pp. 499-599) se incluyen trabajos sobre temas como los límites entre deixis y anáfora (J. R. de Jong) o anafóricos y antecedentes en un texto narrativo (D.P. Ross), el empleo de los diafóricos correferenciales de una proposición completiva (C.

Bodelot), algunas propiedades de *ipse* (A. Bertocchi), el “relativo de unión” con función anafórica en latín (A. M. Bolkestein), o este mismo “relativo de unión” y estilo indirecto (O. Álvarez Huerta), funciones textuales de la conjunción en la "Eneida" de Virgilio (B. Campbell), así como la valoración de un estudio basado en el número de palabras para cada signo fuerte de puntuación como verificación de algunas afirmaciones (B. Frischer); 8. el apartado correspondiente a “léxico y semántica” (pp. 603-689) reúne artículos de carácter general como una reflexión sobre las contribuciones de la semántica estructural en la descripción del vocabulario latino en lo que a metodología se refiere (M. Kienpointner), «implicación» y «presuposición» como factores del cambio semántico en latín (O. Panagl), sinonimia sintáctica, paráfrasis y presentación gramatical en latín (S. Kiss), junto a otros más específicos como el de los verbos latinos con construcción locativa (H. Fugier), el funcionamiento de los *uerba promittendi* en el campo semántico de “dar” (A. Martín Rodríguez), el desarrollo de los conceptos morales en latín antiguo (H. Petersmann), el adverbio *intrinsicus* en latín eclesiástico y medieval (R. Freundlich) y el alma y espíritu en la terminología filosófica de Marsilio Ficino (I. Klutstein); 9. el último grupo de trabajos o “reflexiones gramaticales” muestra el tratamiento de los diptongos griegos y latinos en Terenciano Mauro (R. Amacker) (pp. 693-724) o las observaciones de Aulo Gelio acerca de la sintaxis del acusativo (P. Flobert), para terminar con un estudio sobre “régimen” y “cambio” en la *Sintaxis* de Despautère (1509) (M. Lavency).

A continuación se ha elaborado un índice de materias y conceptos con referencias a los lugares en que se abordan. Cierra el volumen una relación de los autores.

Como viene siendo habitual en las publicaciones a que dan lugar estos encuentros periódicos, las referencias bibliográficas las añade cada autor al final de su trabajo.

MATILDE CONDE

AA.VV. – *Les grecs et l'occident. Actes du Colloque de la Villa «Kérylos» (1991)*. Roma, 1995, 159 pp. (Cahiers de la Villa «Kérylos» 2, Beaulieu-sur-Mer, Alpes Maritimes; Collection de l'École Française de Rome 208)

El coloquio y la edición de las actas objeto de este volumen fueron preparados por Georges Vallet. Aunque la muerte no le permitió ver el trabajo acabado, tenemos su Prólogo (precedido por una sentida página de J. Leclant) y unas reflexiones finales: en ellos pueden advertirse fértiles ideas y el esfuerzo por ampliar el «esprit de rencontre» en general y en concreto al ámbito de la Península Ibérica.

El primer trabajo es una introducción a la cuestión. P. Lévêque «Les grecs en Occident» (pp. 12-17), además de abordar el incontestable lugar que para la actividad griega en oriente y occidente tiene la expansión euboica y la proliferación de colonias foceas en Occidente después de primeros tanteos, pone especialmente de relieve que ahora para estudiar la presencia griega en Occidente hay que remontarse a los micénicos, que posiblemente habrían creado «comptoirs» que prefiguraron los *emporía* del futuro. De estos «veritables reseaux» mercantiles en Sicilia, Cerdeña y Magna Grecia quedarían fuera, según el autor, «les Gaules et les Espagnes», aunque

manifiesta, un tanto sorprendentemente, que en las últimas se pueden señalar «cerámicas hispánicas que serían imitaciones de modelos micénicos».

Tusa, V. «Greci e punici» (pp. 19-28 + 22 fig.) recuerda el constante flujo de «incontri» y «scontri» entre griegos y fenicios que se manifiesta en particularidades que surgen en el arte griego procedentes del mundo fenicio, así como en la gran influencia de lo griego en lo fenicio, por ejemplo en la cerámica. Ejemplifica este «flujo» con la escultura de Mozia, obra encargada a un gran artista griego para un cliente del ámbito fenicio como evidenciaría su atavío.

J. de la Genière «Les grecs et les autres. Quelques aspects de leurs relations en Italie du Sud à l'époque archaïque» (pp. 29-40) discute como se pasa del miedo a los bárbaros a una necesaria «mixité», cuyo ejemplo mas extenso se encontraría en las colonias de Mar Negro. La plena colonización rompe estas relaciones imponiendo el peso de lo griego.

J. P. Morel «Les grecs et la Gaule» (pp. 41-69) intenta una puesta al día de las investigaciones después de importantes cambios en los últimos diez años. Llega a la conclusión de que la colonización focea es diferente de las otras, precisando una serie de rasgos: mantenimiento de una sola gran ciudad; trato especial y forzoso con indígenas «feroces» y «arrierées»; relaciones con otros pueblos como los etruscos y los fenico-púnicos: echamos aquí de menos una aproximación a la presencia ibérica tal como se advierte, p. ej., en Pech-Maho.

Sanmartí-Grego, E. «La présence grecque en Péninsule Ibérique à l' époque archaïque» (pp. 71-82) revisa la cuestión desde los más antiguos asentamientos fenicios y la presencia focea, buscando el contraste con la colonización italo-siciliana. A partir del 540 a.C. advierte un corte de las importaciones griegas, que piensa que puede ser debido a la conquista persa de las metrópolis focreas. El trabajo se basa fundamentalmente en el punto de vista de la arqueología, pero trata de integrar otras fuentes.

E. Greco, «Sulle città coloniali dell'Occidente greco antico» (pp. 83-94) trata de investigar que lugar ocupan estas ciudades dentro del urbanismo griego. Basándose en general en la Magna Grecia, señala cómo la ciudad colonial, dentro de un planteamiento arcaizante, es una creación de nueva planta, frente a la organización *κατὰ κώμας* de muchas metrópolis griegas: recordemos aquí el mundo de Hesíodo.

Rouillard, P. «Les emporia dans la Méditerranée Occidentale aux époques archaïque et classique» (pp. 95-108) intenta loablemente compaginar el referente arqueológico con los textos. Considera que el *emporion* es en principio el lugar donde están los *ἄμποροι* (término que tiene mas dificultades etimológicas y de *realia* de las que parece), es decir debe contener una masa crítica de mercaderes griegos; considera también que son «côtiers» y que solo después de Estrabón aparecen en el interior (pero recordemos el emporion de Pistiros en lo que hoy es plena Bulgaria). Trata de definir el *status* jurídico de los *emporion*, cuya denominación anglo-sajona como *ports of trade* es insuficiente: por ejemplo, utilizando la epigrafía encontrada en Ampurias, subraya el carácter autónomo de la ciudad, Emporion por antonomasia. Llega a concluir que se trata de un término que solamente se puede definir negativamente: algo que no es *πόλις*, ni *ἀποικία*. Sin embargo hay algunos elementos estructurales que unidos ofrecen una base de apoyo, tales como el comercio marítimo a larga distancia; su instalación en el margen de una comunidad no griega; el ser lugar de intercambio o tráfico, con participación activa de los *emporitas* en ese tráfico; la decisión de dotarse de «instrumentos» para garantizar su actividad. Habría que añadir

su tendencia a la institucionalización: no es πόλις pero desde muy pronto «tiende» a serlo, aunque no lo logre.

M. Gras, «La Méditerranée occidentale, milieu d'échanges. Un regard historiographique» (pp. 109-121) señala que arduos problemas filológicos como la «cuestión» homérica (con un recuerdo a Bérard), crearon el interés por el «milieu périphérique», lo que inició toda una época de estudio de los textos. El que en muchos casos los testimonios fueran varios siglos posteriores al objeto de estudio, llevó a valorar la investigación arqueológica, especialmente la de la cerámica. Aún con limitaciones, eso permitió avanzar en la cuestión de la circulación de bienes y productos por el Mediterráneo. Con ello, de una fase más bien economicista, se pasó a otra de dimensión antropológica. El resultado es la visión de un Mediterráneo no exclusivamente helenocéntrico sino en el que despliegan su actividad etruscos y fénico-púnicos y, consolidándose progresivamente, a pesar de tensiones, estructuras de intercambio. Valora en relación con todo ello las inscripciones arcaicas de Iberia y de Pech-Maho y la importancia del material que se encuentra en Hecateo.

P. Orlandini «L'arte in Magna Grecia e in Sicilia. Aspetti e problemi» (pp. 123-140) sostiene que el arte en las zonas mencionadas no es solo un aspecto marginal del griego, sino que en algunos aspectos, como el desarrollo de los grandes frisos y otras facetas que impresionaron a Winckelmann y Goethe, precede a su desarrollo en las metrópolis. El autor recupera el acuñamiento de monedas propio de la zona como documento artístico. En lo que se refiere a la escultura en mármol, se dispone actualmente de una serie de piezas que revelan un arte con rasgos en gran parte independientes. Desde este punto de vista estudia detenidamente la famosa estatua de Mozia, que cree pertenece a un auriga, opinión que apunta en la discusión de pp. 27-28.

A. Stazio «Monetazione dei Greci d'Occidente» (pp. 141-150) recuerda que la opinión común era que la moneda había tenido su comienzo en las colonias aqueas de Síbaris o Metaponto. Ahora se puede hablar de una ampliación a diversos puntos con gran reciprocidad entre ellos, con Hímera o Selinunte, que, según opina el autor, podían tener un acceso fácil a la plata proveniente de Iberia o Cartago. Algo más tarde entra en juego Massalia y estrechamente relacionada con ella Híele o Elea (Velia), así como Posidonia. Hace también un estudio más restringido de las monedas de oro oponiendo la de metal precioso, destinada a la adquisición de recursos y servicios foráneos, a la moneda de bronce.

El volumen, interesante no solo para el historiador sino para el filólogo que busca respuestas a cuestiones muy del momento, acaba con «Quelques réflexions en guise de conclusion» (pp. 151-157) del fallecido profesor Vallet, que mencionábamos al principio.

ELVIRA GANGÜTIA ELÍCEGUI

VI. BREVES

BARTOLOMÉ, J. - GARCÍA ROMÁN - GONZÁLEZ VEGA, F. - GUTIÉRREZ, M.A. - REDONDO, P. (EDS.), *Historia y métodos de la enseñanza de las lenguas clásicas (I Encuentro Científico y*

Pedagógico). *Actas, Veleia. Anejos. Serie Acta 2*, Vitoria, Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, 1996, VIII + 195 pp.

Dentro de una de las series de *Anejos* de la revista *Veleia* aparecen estas Actas de un Primer Encuentro Científico y Pedagógico organizado por los Profesores del Departamento de Estudios Clásicos de la Universidad del País Vasco, organizado con el declarado propósito de servir de punto de encuentro con el Profesorado de los Centros de Enseñanza Secundaria. Una clara muestra de ello lo constituye el último capítulo del libro, en el que se resumen las discusiones y conclusiones de la Mesa Redonda: «Relaciones entre Universidad y Centros de Enseñanza de Secundaria: nuevas vías de colaboración». La parte principal del libro se organiza en tres secciones: I. Época antigua; II. Edad Media, Renacimiento e Ilustración; y III. Metodología. En la primera sección encontramos, entre otros, dos interesantes puestas al día sobre la cuestión del bilingüismo en Roma (P. Redondo Sánchez) y sobre el debatido problema de la relaciones entre la literatura latina y la griega (J. Bartolomé Gómez). En la segunda sección destaca una panorámica de L. Gil sobre la enseñanza del griego en España entre los siglos XVI y XVIII, con sus curiosos avatares. De la tercera parte me gustaría destacar un documentado trabajo de C. García Román sobre las aplicaciones informáticas para la enseñanza e investigación de las lenguas clásicas, quizá excesivamente centrado en el entorno Macintosh. Sobre esta cuestión, recomiendo a los interesados el reciente y exhaustivo libro de D. Riaño, *Aplicaciones de Macintosh a la Filología Clásica*, Madrid, Ediciones Clásicas, 1998.

JUAN R. SOMOLINOS